

Paso del Cerro

Nuestras raíces, saberes e identidad

Un estudio colectivo



IMEDE — Identidad, Memorias y Desarrollo

Paso del Cerro

Nuestras raíces, saberes e identidad

Un estudio colectivo

Autoría:

IMEDE — Identidad, Memorias y Desarrollo

Carolina Silveira, Ana María Barbosa y Sibila Vigna
(coords.)

ISBN: 978-9974-0-2342-0

Paso del Cerro: nuestras raíces, saberes e identidad

© IMEDE — Identidad, Memorias y Desarrollo

Foto de portada: M. Olivera

1ª edición, Diciembre 2025

Montevideo - Uruguay

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Impreso en Uruguay - 2025

Tradinco S.A.

Minas 1377 - Montevideo.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, por medio de cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo o cualquier otro medio mecánico o electrónico, total o parcial del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización de los autores.

IMEDE es un proyecto de “Extensión universitaria y actividades en el medio” desarrollado por un grupo promotor conformado por docentes universitarias, vecinos y vecinas de Paso del Cerro.

Grupo promotor:

Organización de mujeres rurales “A Puro Coraje”

Magali Barreiro, Elma Machado, Ana Muñoz, Yacqueline Olivera,
Dalcira Soto

Otros participantes de Paso del Cerro

Adela Leites y Lelis Rodríguez

**Equipo docente del Centro Universitario del Noreste
(Sede Tacuarembó)**

Ana María Barbosa, Isabel Barreto, Carolina Silveira,
Sibila Vigna

Estudiantes participantes del proyecto:

Nair Correa, Victoria Delgado, Carla Freitas, Lucas Martínez, Roberto Martínez, Victoria Sánchez

Este libro es uno de los resultados del proyecto “Identidad, memorias y saberes en Paso del Cerro (Tacuarembó): compartiendo conocimientos y fortaleciendo capacidades”, financiado por el Prorectorado de Extensión y Programas Integrales en su convocatoria *Proyectos de Desarrollo de la Extensión Universitaria 2024*. Responsable del proyecto: Sibila Vigna.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Prorectorado de Extensión
y Programas Integrales



CENUR
NORESTE



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Agradecimientos

Desde sus inicios, en 2020, hemos recibido múltiples apoyos para la concreción de la propuesta Identidad, Memorias y Desarrollo (IMEDE) de Paso del Cerro. En particular queremos agradecer la colaboración, en diferentes momentos, de las siguientes personas e instituciones:

Hombres y mujeres, pobladores actuales y originarios de Paso del Cerro, quienes nos recibieron con generosidad compartiendo su tiempo y sus relatos. Su apertura hizo posible este trabajo.

Quienes aportaron testimonios, entrevistas, documentos, fotografías y recuerdos para la reconstrucción de la memoria colectiva.

Junta Local de Paso del Cerro, Capilla San Francisco Javier, Policlínica de Paso del Cerro, grupo “Nativos del Cerro”, Dirección General de Educación Inicial y Primaria e Intendencia Departamental de Tacuarembó, quienes apoyaron diferentes aspectos del proyecto.

Escuela N° 36 de Paso del Cerro, directora Mercedes Martínez y equipo de maestras, por su compromiso e involucramiento en las actividades propuestas.

A la Seccional 12 de Policía de Paso del Cerro, comisario Diego Silva y personal policial.

Unidad de Extensión, Unidad de Comunicación, docentes, chofer y demás funcionarios de la Sede Tacuarembó del Cenur Noreste que colaboraron con el proceso IMEDE.

Estudiantes de la Tecnicatura en Desarrollo Regional Sustentable, del Ciclo Inicial Optativo del Área Social y de la Licenciatura en Sociología, que enriquecieron la propuesta con su entusiasmo y dedicación.

Araseli Acosta, Susan Lobo y Mayra Ferrón por los valiosos aportes realizados.

Índice

Agradecimientos.....	7
Presentación	11
Nuestro pueblo hoy	17
“A Puro Coraje” y la recuperación de la memoria de Paso del Cerro.....	21
“Retacitos de historia”:	
Paso del Cerro en la memoria de sus pobladores (1890 a 1980)	25
Los comienzos de Paso del Cerro	26
El tren y la identidad del pueblo.....	31
La escuela en la vida de la gente	41
Servicios e infraestructura	47
Nuestro territorio: lugares y relatos	53
Modos de vida: familia, casa y vecindad (1930 a 1960)	63
La organización familiar.....	66
El sustento del hogar	72
Los lazos de la vecindad (1940 a 1980).....	74
Oficios y medios de vida (diferentes épocas del siglo XX).....	79
Oficios del campo y las plantaciones	79
Los oficios del ferrocarril	85
Hombres y mujeres del comercio	87
Entre balseros y lavanderas	88
Las comidas de antes (1940 a 1970)	95
Conservación de alimentos.....	99
Comidas de olla o platos calientes.....	101
“Cosas dulces”.....	103
El mate: “una comida más del día”	105
El portuñol o carimbao y las formas de hablar	107

Fiestas y celebraciones (diferentes épocas del siglo XX)	111
Los bailes	111
Las “serenatas”	114
Celebraciones actuales	116
Prácticas religiosas (diferentes épocas del siglo XX)	117
Velatorio de la cruz.....	117
Celebraciones de la Virgen.....	119
Bautismos en casa y presentaciones a la luna	123
Formas de curar y sanar (1910 a 1970)	127
Doctores, doctoras, enfermeras y parteras	129
Personas que sanan, bencen y hacen simpatías	134
Saberes de plantas o yuyos medicinales	139
El camino de Paso del Cerro: del pasado hacia el futuro.....	141

Presentación

Antes los acolchados se hacían con retazos: pedacitos de telas y de ropas que ya no se usaban. Se cosía un cuadrado junto a otro, se rellenaban con lana y paños viejos, y así nacían esos acolchados tan coloridos. Entre las costuras se ponía también un poco de cariño, de abrigo y de memoria. Desde mayo de 2020 venimos trabajando colectivamente en el proyecto “Identidad, memorias y desarrollo” (IMEDE), para crear una colcha de recuerdos: una memoria de Paso del Cerro hecha de retazos de vida, pedacitos de historias, fotos en blanco y negro y documentos amarillentos por el paso del tiempo.

La autoría de este libro es del grupo promotor de IMEDE, conformado por la organización local de mujeres rurales “A Puro Coraje”, vecinos y vecinas de Paso del Cerro y un equipo de docentes del Centro Universitario del Noreste (Sede Tacuarembó) de la Udelar. Su origen está en un conjunto de sueños compartidos: conocer el pasado, rescatar los saberes de las personas mayores, fortalecer la identidad local, entender el modo en que las historias, las costumbres y las experiencias de antes siguen dando forma a la vida del presente. Reconocemos la urgencia de escuchar a quienes supieron leer a la luz de las curuyas, celebrar una serenata para un vecino, ayudar a la vecina a parir y bencer con oraciones el maldeajo. También, queremos hacer llegar nuestros aprendizajes a las generaciones jóvenes, a la comunidad universitaria

y al resto de la sociedad para contribuir a una mejor comprensión de nuestras realidades y de la diversidad cultural del Uruguay.

Las comunidades rurales del norte del país enfrentan importantes desafíos: los cambios en la matriz productiva vinculados al ingreso de la agroindustria y las forestaciones en los escenarios económicos, la escasez de fuentes laborales, la distancia de los centros de estudios y de atención sanitaria, la migración de jóvenes y mujeres a las ciudades, la mejora en las carreteras y, también, las persistentes limitaciones en la movilidad, la incorporación de nuevas tecnologías de comunicación, el desarrollo paulatino del turismo y los avances de proyectos económicos que pueden amenazar los recursos naturales, los paisajes y el territorio.

En este contexto, el objetivo principal de la propuesta IMEDE es impulsar la participación activa de la comunidad de Paso del Cerro para la recuperación y puesta en valor de los saberes culturales y la memoria colectiva, fortaleciendo la cohesión social, promoviendo la igualdad de oportunidades, el protagonismo y la visibilización de los aportes de grupos tradicionalmente excluidos. Se pretende sistematizar y compartir estos conocimientos mediante la colaboración entre vecinos, vecinas y universidad, integrando los aprendizajes en la investigación, la enseñanza y la divulgación, y fomentando nuevas iniciativas que fortalezcan el desarrollo local y los vínculos con el territorio.

Nuestra voluntad no ha sido la de escribir una historia “oficial” ni definitiva, sino la de presentar una memoria plural y abierta de Paso del Cerro. Muchas veces los libros de historia tratan de poner orden y estructura a los acontecimientos, pero no son escritos por la gente del pueblo, que tampoco suele figurar en sus páginas. La memoria colectiva, en cambio, está marcada por las emociones y los afectos¹, se man-

1 Candau, J. (2002). Memorias y amnesias colectivas. En J. Candau, *Antropología de la Memoria* (pp. 53-76). Fondo Editorial de la PUCP.

tiene viva dentro de los grupos sociales² moldeada por las experiencias de las personas que recuerdan. Somos conscientes de que coexisten distintas memorias colectivas, cada una ligada a un grupo y a momentos específicos. Entendemos que nuestra propuesta es una versión de esta memoria, polifónica y diversa, pero no es la única. Ojalá que este libro despierte la necesidad de completarse con otros estudios y versiones del pasado.

Desde el principio, buscamos que la voz colectiva fuese protagonista, dando lugar a la mayor parte de testimonios y relatos que pudimos abarcar. Para alcanzar estos objetivos, apostamos por una metodología basada en la etnografía colaborativa y el trabajo colectivo. La investigación se construyó a partir del diálogo entre generaciones, la escucha atenta y el registro respetuoso de las experiencias. Reuniones, entrevistas, recorridas por el pueblo, mapas colectivos y espacios de conversación fueron las herramientas principales que permitieron dar forma a este proceso. Así, la producción del conocimiento fue el resultado de un proceso impulsado por el grupo promotor y alimentado por una pluralidad de vecinos y vecinas relacionados con Paso del Cerro.

El grupo compartió y registró una amplia diversidad de narraciones: desde las celebraciones y creencias populares hasta los conflictos y silencios de la comunidad. La variedad de temáticas abordadas es reflejo de la complejidad y riqueza de la identidad local. Un ejemplo revelador fue la conciencia sobre la importancia del tren —con sus discontinuidades y ausencias— en la vida de Paso del Cerro. El tren, como hilo conductor de memorias, es una presencia entrañable en las historias, con un papel clave en la conformación del pueblo, sus familias, relaciones afectivas, sociales y fuentes de trabajo y de supervivencia.

2 Halbwachs, M (2011 [1950]). *La memoria colectiva*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

En los primeros apartados se abordan contenidos vinculados a la situación del pueblo —en el periodo durante el cual se realizó el estudio (2020-2025)— y al “origen” de Paso del Cerro. En este último caso, cabe aclarar que no ha sido fácil encontrar datos en registros documentales sobre los primeros tiempos del pueblo como tal. Es así que la información recogida está basada en unas pocas publicaciones, los libros de la escuela y algunos recuerdos transmitidos. Los apartados que le siguen, los dedicamos a describir los modos y medios de vida, centrados en la familia, el hogar y los lazos de vecindad. Hemos registrado, asimismo, una variedad de oficios (algunos de los cuales ya no existen) vinculados a las labores del campo y las plantaciones, el ferrocarril, el comercio y otros. La alimentación ha ocupado un lugar relevante en la reconstrucción de la memoria, evocando sabores y olores, ligados a las “comidas de antes”, la conservación, los dulces caseros y las rondas de mate. La lengua local, el portuñol o *carimbao*, es otro rasgo distintivo que revela la riqueza de las formas de hablar y la convivencia de influencias culturales en la región. Las fiestas y celebraciones, los bailes y las festividades, reflejan el dinamismo de una comunidad que celebra su identidad a través del encuentro y la música. En relación con las prácticas religiosas hemos registrado devociones relacionadas con diferentes iglesias, pero también creencias y rituales populares tales como el velatorio de la cruz, las peregrinaciones al Cerro de la Virgen, los bautismos en casa y la presentación de los niños a la luna. Finalmente, abordamos las formas de curar y sanar, destacando el papel de médicos, enfermeras, parteras y personas que bencen, realizan “simpatías” y transmiten saberes sobre plantas medicinales. Estas prácticas muestran cómo la salud y el bienestar se tejen en un entramado de saberes compartidos y solidaridad vecinal.

Evidentemente, este libro es una selección de los contenidos recogidos durante más de cuatro años. Por un lado, no nos cabía todo. Por otro lado, el grupo ha escogido cómo quería presentar a la comunidad

en el libro. Sabemos que la identidad local no es una esencia estática ni un conjunto de costumbres fijas, sino un tejido vivo que se renueva cada vez que se comparten recuerdos, se recrean fiestas, se transmiten leyendas o se revalorizan costumbres. Uno de los resultados más significativos del trabajo es la reivindicación de prácticas culturales que, si bien no siempre coinciden con las versiones “oficiales” o más conocidas del folclore de la región, configuran un entramado a veces poco conocido de la cultura popular local. Esta memoria no es un relato romántico ni simplista, sino una construcción colectiva hecha de tradiciones, modernidad y características contrahegemónicas que se activan según las circunstancias y necesidades.

Asimismo, este libro y el proyecto que le dio origen, reconocen a las mujeres como impulsoras clave de procesos de desarrollo vinculados a la identidad y la creatividad, situándolas en el centro de la preservación de saberes y la generación de oportunidades de desarrollo económico, social y cultural. Por otra parte, también hemos mantenido la mirada en una perspectiva étnico racial relacionada con la intención de visibilizar las experiencias y aportes de personas afrodescendientes e indígenas, grupos históricamente invisibilizados o discriminados, reconociendo la complejidad y diversidad étnica y cultural de la comunidad. También, queremos aclarar que hemos incluido algunos nombres de los hombres y mujeres protagonistas de los relatos y otros no. Hemos puesto nombres y apellidos cuando consideramos que los hechos relatados no afectaban la intimidad o la vida de las personas, que tenían que ver con su quehacer público en el pueblo o que eran hechos ya registrados en otras fuentes publicadas. Esperamos haber sabido interpretar, de manera correcta, estas circunstancias.

El recorrido temático del libro busca no solo recuperar la memoria de quienes vivieron y viven en Paso del Cerro, sino también poner en valor la riqueza de la cultura popular, invitando a lectores y lectoras a descubrir y compartir este “patrimonio” vivo. Este libro es, ante todo,

una celebración del encuentro, de la memoria compartida y de la capacidad de reivindicar la identidad local a través del diálogo, la reflexión y la participación colectiva. Porque la memoria no se archiva: se vive, se reinventa y, sobre todo, se comparte.

Nuestro pueblo hoy

El pueblo de Paso del Cerro está ubicado al noreste del departamento de Tacuarembó, a orillas del Río Tacuarembó, a 45 km de la capital departamental y a 90 km de la frontera con Brasil. Según los datos del censo de población de 2011 había un total de 235 habitantes: 117 hombres y 118 mujeres³. Mientras que el censo del 2024 nos muestra que cuenta con una población de 269 (dónde el 52,8% son varones y el 47,2% son mujeres)⁴. La mayor parte de la población tiene edades entre 35 y 64 años de edad (39%). En ambos censos se observa una marcada tendencia al envejecimiento, con un porcentaje importante de vecinos y vecinas mayores de 65 años: 16,6% y 17,1%, respectivamente. Respecto a la ascendencia étnico racial, se destaca principalmente un 83% de personas que, en el censo de 2023, se consideraron de ascendencia blanca, 13,8% afro y 13,4% indígena. Paso del Cerro llegó a tener más de 500 habitantes en los años 60⁵, pero la pérdida del tren y la escasez de fuentes de trabajo, entre otros factores, promovieron la migración a las ciudades.

3 Instituto Nacional de Estadística (INE). (2011). Censo de Población y Vivienda 2011. INE. <https://www.ine.gub.uy>

4 Instituto Nacional de Estadística (INE). (2023). Censo de Población y Vivienda 2023. INE. <https://www.ine.gub.uy>

5 Dirección General de Estadística y Censos. (1963). Censo de Población 1963. Ministerio de Economía y Finanzas.

Las fuentes de trabajo de la gente de la zona son el empleo público –por ejemplo en la Junta Local, dependiente de la Intendencia de Tacuarembó– la ganadería y producción familiar, los servicios públicos, el pequeño comercio, las artesanías, la gastronomía y en forma zafral, la forestación, la esquila y las chacras. Muchas personas están jubiladas, pero continúan dedicándose a las tareas del campo y de la casa.

El poblado cuenta con servicios de electricidad, agua potable y telefonía proporcionados por UTE, OSE y ANTEL respectivamente. El Banco de Previsión Social concurre al pueblo a pagar jubilaciones, sueldos y pensiones. También hay una policlínica del Ministerio de Salud Pública, que cuenta con una ambulancia para traslados de emergencia. Una vez a la semana asiste una doctora desde Tacuarembó, se realizan entregas de medicamentos y —a través del programa *Nodos de Salud*— se brinda atención odontológica. Las especialidades médicas se coordinan en los servicios de salud de la ciudad de Tacuarembó. En cuanto a la movilidad, para el año 2025, se cuenta solamente con el ferrocarril, que mantiene una línea de Tacuarembó a Rivera los días lunes y viernes. Las personas de Paso del Cerro acuden a Tacuarembó, a Tranqueras y a Rivera para hacer gestiones, compras y consultas de salud. Además tienen relación con los habitantes de Laureles, Cuchilla de Laureles, Cañas, Lambaré, Manuel Díaz y “la Tercera Sección” (conocida tradicionalmente como el “otro” Paso del Cerro), en el departamento de Rivera.

En 2025 la escuela 36 de Paso del Cerro atiende a 50 estudiantes: 35 de educación primaria y 15 de octavo y noveno grado (sin alumnos en séptimo), con régimen de liceo rural. El centro educativo lleva adelante un programa de *Atención Prioritaria en Entornos con Dificultades Estructurales Relativas* (A.PRE.EN.DER) de inclusión educativa para facilitar el acceso y permanencia de todos los niños y niñas en el sistema educativo, así como el logro de aprendizajes de calidad.

Estudiantes del Centro Universitario del Noreste (Tecnatura en

Desarrollo Regional Sustentable y Licenciatura en Sociología)⁶ mediante el uso de herramientas de investigación cualitativa —fundamentalmente entrevistas—, contribuyeron a construir una “fotografía actual” de la localidad de Paso del Cerro, en relación con algunas de sus dinámicas sociales, culturales, institucionales y económicas. A continuación, se presentan los principales hallazgos:

Migración y despoblamiento: particularmente, el éxodo de jóvenes hacia la ciudad de Tacuarembó en busca de empleo o educación, junto con la baja natalidad, constituyen factores clave para el “despoblamiento” y una de las principales tensiones del territorio. En especial, la Escuela de Paso del Cerro ha experimentado un notorio descenso en su matrícula.

Redes comunitarias y capital social: mantiene un alto capital social sostenido en la confianza, la reciprocidad y la solidaridad entre vecinos. La escuela, la policlínica, las iglesias y las organizaciones de mujeres funcionan como nodos centrales del entramado comunitario, actuando simultáneamente como espacios de encuentro y de gestión común. Los vínculos entre instituciones y colectivos fortalecen la capacidad de acción territorial.

Rol protagónico de las mujeres: los grupos “A Puro Coraje” y “Nativos del Cerro” expresan una forma concreta de agencia femenina rural, que desafía los límites impuestos por la marginalidad estructural. Su participación activa en la producción artesanal, el turismo cultural y la reconstrucción de la memoria local revelan la centralidad del trabajo de las mujeres en la sostenibilidad social y simbólica del territorio. Las mujeres no solo generan ingresos, sino también libertad para decidir, crear y sostener sus modos de vida en comunidad.

6 Martínez, L., Freitas, C., Martínez, R., Correa, N., & Sánchez, V. (2025). *Memoria, identidad y saberes de Paso del Cerro. Una mirada actual* [Informe estudiantil, Tecnicatura en Desarrollo Regional Sustentable y Licenciatura en Sociología]

Infraestructura y servicios: las deficiencias en infraestructura y transporte limitan la conectividad territorial y condicionan el acceso a servicios básicos. Sin embargo, la policlínica y la comisaría, al asumir funciones más amplias de acompañamiento y mediación, evidencian “prácticas situadas de gestión local”, donde las comunidades resignifican las instituciones estatales adaptándolas a sus necesidades concretas.

Memoria viva: el rescate de historias locales, las prácticas religiosas y las iniciativas de turismo patrimonial expresan una memoria viva que articula pasado, presente y futuro. En Paso del Cerro, la memoria colectiva no es solo un recuerdo del pasado (...) es también un recurso para proyectar el desarrollo desde la identidad y no desde la homogeneización global.

“A Puro Coraje” y la recuperación de la memoria de Paso del Cerro



Grupo IMEDE (2022-2025). Fotos: IMEDE

La organización “A Puro Coraje” de Paso del Cerro –contraparte local del presente trabajo–, se formó en el año 2015, a partir de la convocatoria “Somos Mujeres Rurales”, del Ministerio de Ganadería Agricultura y Pesca e InMujeres del Ministerio de Desarrollo Social, que les permitió obtener equipamientos y capacitaciones estratégicas. El grupo inicial estuvo conformado por 12 mujeres, de diferentes edades, artesanas casi todas, quienes a través de la asociatividad trabajan y comercializan sus trabajos. Actualmente participan en varias iniciativas para promover el desarrollo social, económico y cultural de Paso del Cerro, relacionándose con otros vecinos y vecinas y con entidades tales como la Intendencia de Tacuarembó, las Mesas de Desarrollo Rural y la Universidad de la República.

En 2019, demandas comunitarias relacionadas con la recuperación de la historia del pueblo y el fortalecimiento de futuros emprendimientos turísticos promovieron una iniciativa conjunta entre A Puro Coraje, vecinos, vecinas, docentes del Centro universitario del Noreste y, en el

inicio, entidades de la Intendencia Departamental de Tacuarembó⁷. Las actividades de rescate de saberes e investigación histórica comenzaron en 2020, en época de

“Muchas son artesanas, han venido sobreviviendo en tiempos difíciles y trabajando con mucha garra y coraje como dice su nombre”

pandemia. En 2022 se confeccionó el folleto “*Memorias y saberes de un pueblo, de un paso y de un tren*”, utilizado para la divulgación de la propuesta. En 2023 se llevó adelante la “*Exposición Participativa Memorias y Saberes en el Día del Patrimonio*”⁸ y el año siguiente el trabajo fue presentado en la Fiesta del Reencuentro, realizada en la escuela de Paso del Cerro.

En la actualidad (año 2025) el grupo está capacitado en diferentes ámbitos, posee una importante representatividad en la zona, tiene vínculo con instituciones, grupos y emprendimientos zonales de las Quebradas del Norte. A su vez, luego de años de esfuerzo tocando puertas y rotando de locales, en 2025 accedieron a un local en calidad de comodato, cedido por la Intendencia Departamental de Tacuarembó.

Sus actividades giran en torno a la producción y venta de productos gastronómicos y artesanales, la propuesta de actividades de turismo cultural, el mantenimiento de una biblioteca y una ropería, y el desarrollo de la propuesta “Identidad, memoria y desarrollo local en Paso del cerro” (IMEDE).

El objetivo general de IMEDE es “Consolidar un proceso participativo de apropiación y puesta en valor de saberes culturales y memoria

7 La iniciativa nació en el contexto de los programas MIPESTAC (programa de apoyo a Micro y Pequeñas Empresas de Tacuarembó) y PRODEMA (Programa de Desarrollo y Medio Ambiente) de la Intendencia Departamental de Tacuarembó en 2020. En 2021, el Cenur Noreste asumió totalmente la continuidad de las actividades.

8 La misma contó con apoyo de la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio de la Udelar.



Grupo IMEDE (2022-2025). Fotos: IMEDE

colectiva en Paso del Cerro, con el fin de incrementar la cohesión social, las capacidades de agencia comunitarias respecto al ejercicio de los derechos colectivos, la igualdad de oportunidades para sectores históricamente excluidos y las perspectivas de desarrollo local, fortaleciendo la integralidad de las funciones universitarias y los vínculos entre universidad y territorio”.

El equipo promotor del proyecto en el 2025, está compuesto por “A Puro Coraje”: Magali Barreiro, Elma Machado, Ana Muñoz, Yacqueline Olivera, Dalcira Soto; vecinos de Paso del Cerro: Adela Leites y Lelis Rodríguez; y las docentes del CENUR Noreste: Sibila Vigna, Ana María Barbosa, Carolina Silveira e Isabel Barreto.

“Retacitos de historia”: Paso del Cerro en la memoria de sus pobladores (1890 a 1980)

Como dijimos en la presentación, estas memorias sobre el pasado de Paso del Cerro están hechas como “las colchas de antes”, desde la mirada de la gente de nuestro pueblo. Nuestro objetivo no ha sido elaborar una recopilación histórica “oficial” y completa, sino identificar algunos datos importantes a partir de *retazos* de memorias y algunos datos que hemos encontrado en los registros. Ojalá que en el futuro surjan nuevas investigaciones que nos puedan contar más sobre la historia de toda la región.

La llegada del ferrocarril en 1892, y la construcción de la estación “Paso del Cerro”, fueron eventos importantes para la consolidación del núcleo de habitantes que luego formarían el pueblo. Se sabe que algunos antepasados de las actuales familias venían de Brasil, Italia, España y Portugal. Algunas personas procedentes de Brasil seguramente habrían llegado huyendo de la esclavitud o de conflictos armados. También hay familias que provenían de otras regiones del país o que habían estado en la zona “desde siempre”. Los recuerdos transmitidos y algunos análisis genéticos revelan que en Paso del Cerro es relevante la ascendencia indígena y la africana. Sobre la población indígena y la procedencia de la población nos queda mucha historia para descubrir, más allá de la información que la memoria de nuestros mayores alcanza a recordar.

Los comienzos de Paso del Cerro

Algunos indicios sobre los lugares de procedencia de los pobladores de Paso del Cerro y alrededores se pueden encontrar en documentos del Registro Civil. Entre los años 1880 y 1900, se registraron 66 nacimientos en la zona de Paso del Cerro y Bañado de Rocha, de los cuales se detalla que 31 eran padres orientales, 22 eran brasileiros y 8 de otros países (España, Francia e Italia). En referencia a las madres, 45 eran orientales y otras 10 brasileiras⁹.

Para imaginar cómo se fue concretando el núcleo urbano inicial, podemos recurrir a las crónicas de Aniceto Zoilo Barreiro, quien fue poblador y médico residente de Paso del Cerro. En una publicación fechada en 1943 registró algunos detalles sobre los primeros años de esta población. Describiendo cómo era la zona en torno al año 1910, expresaba lo siguiente:

“En la época en que vine a este lugar, fuera de las 8 hectáreas de terreno del señor Galván de Mello, en el que existía su casa de material y algunos ranchos en el mismo terreno, todo alrededor era campo de pastoreo.” (p. 5).

Y agregaba:

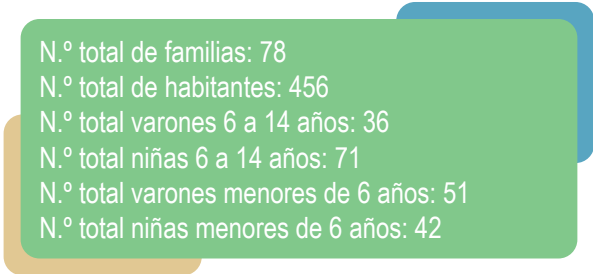
“En vista de la falta de desarrollo edilicio del lugar por causa de la resistencia de los dueños de los campos a vender solares, en el año 1918, con la colaboración conjunta del Jefe de Estación del Ferrocarril, señor José Estela, resolvimos iniciar gestiones ante el señor Toribio Fros, para que les vendiera una fracción de campo de su cuñada Eulalia Rodríguez Moraes, que él administraba con poderes amplios y circundante a las 8 hectáreas de terreno del señor Galbán de Mello, a los rematadores públicos, señores Domingo y Lorenzo Núñez.” (pp. 5–6).

9 Registro Civil. (1880–1900). *Libro de nacimientos* [Documento histórico].

Como resultado de estas gestiones se pusieron a la venta parte de las tierras de Eulalia Rodríguez Moraes, y se donó una hectárea del fraccionamiento para la creación de la plaza pública. La venta de tierras permitió el asentamiento de familias y el crecimiento progresivo de la población¹⁰.

En el año 1915, se realiza desde la escuela, un censo escolar que da cuenta de las familias y habitantes de Paso del Cerro, arrojando los datos que se presentan a continuación:

Del mismo se puede establecer que 44 por ciento de los pobladores eran niños y jóvenes menores de 14 años, con un predominio de niñas y mujeres sobre los varones y un promedio de 5,8 individuos por familia¹¹.



N.º total de familias: 78
N.º total de habitantes: 456
N.º total varones 6 a 14 años: 36
N.º total niñas 6 a 14 años: 71
N.º total varones menores de 6 años: 51
N.º total niñas menores de 6 años: 42

En 1939, un informe presentado por la directora de la escuela a la Inspección de Primaria, da cuenta de que “Estación Paso del Cerro” era un paraje que contaba con 500 habitantes. En 1963 la población era de 528 habitantes (283 hombres y 245 mujeres) y existían 132 viviendas¹². En 1943 Paso del Cerro ya estaba incluido en la categoría de “pueblo” y, según Barreiro (1943), contaba una población que ascendía a 800 personas. Posteriormente, con el transcurso del tiempo la población fue descendiendo de forma progresiva y continua.

10 Barreiro, A. Z. (1943). *Aniceto Zoilo Barreiro. Su consagración al progreso local y al bienestar colectivo*. Paso del Cerro, Dpto. de Tacuarembó, Uruguay.

11 Escuela Rural N.º 36 de Paso del Cerro. (1915). *Censo escolar, Secc. 12* [Documento histórico].

12 Instituto Nacional de Estadística. (2012). *Índice toponímico de entidades de población*.

También, los libros de diario de la escuela de Paso del Cerro¹³ registran datos y hechos relevantes que afectaron a la población durante la primera mitad del siglo XX. Entre 1918 a 1927 se registran diversas

CENSO	POBLACIÓN			VIVIENDAS	HOGARES
	Total	Hombres	Mujeres		
1963	528	283	245	132	...
1975	308	155	153	77	73
1985	241	112	129	92	75
1996	231	121	110	116	78

Fuente: Índice Toponímico de Entidades de Población (INE, 2012)

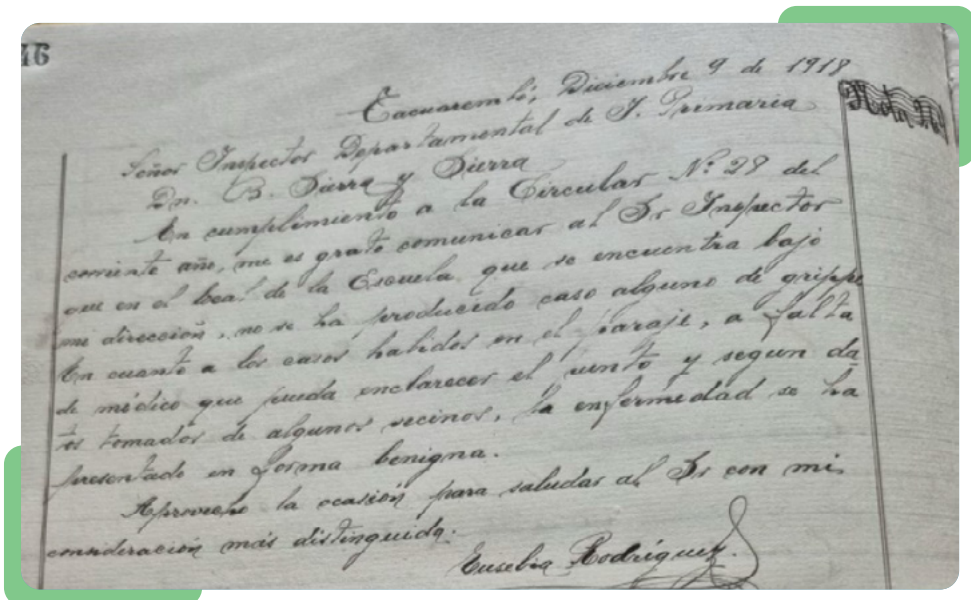
epidemias y enfermedades. La gripe española en 1918, si bien tuvo un impacto significativo a nivel urbano, al parecer en el pueblo tuvo un comportamiento más benigno. Así lo detalla la maestra al informar que:

“(…) no se ha producido caso alguno de gripe. En cuanto a los casos habidos en el paraje, a falta de médico que pueda esclarecer el punto y según datos tomados de algunos vecinos, la enfermedad se ha presentado en forma benigna (…)”.

Esta baja incidencia no impidió que la escuela se cerrara por resolución nacional, durante la epidemia para evitar los contagios. Posteriormente, en 1920, hubo un brote de sarampión y se menciona también la presencia de difteria. En 1926 se dieron casos aislados de tos convulsa y de sarna, lo que se repetirá también en 1939.

En diferentes momentos las maestras describían la zona como “muy pobre, muy atrasada, con faltas de recursos”, donde los padres no se integraban, no respondían a las convocatorias y se oponían a que

13 Datos digitalizados con autorización de la Dirección General de Educación Inicial y Primaria y el apoyo de la Mtra. Directora y Maestras de la Escuela rural N°36 de Paso del Cerro (2025).



Fuente: Libros diarios de la Escuela N.º 36 de Paso del Cerro (1918)

los niños asistieran a la escuela (para cumplir tareas en el hogar y en el campo).

En 1954 los investigadores Renzo Pi Hugarte y German Wettstein, junto con estudiantes universitarios, realizaron un estudio social y económico en Cañas y alrededores¹⁴, con algunos datos de Paso del Cerro. Este trabajo nos dejó valiosos testimonios sobre las condiciones de vida en la zona. Así describieron a los pobladores (fundamentalmente de Cañas):

“El hombre de campo es un hombre franco y sincero, aunque su natural no sea tan comunicativo como el hombre de la ciudad; y no olvidemos que es timidez en la mayor parte de

14 Pi Hugarte, R., & Wettstein, G. (1955). *Rasgos actuales de un rancharío uruguayo: Un rancharío de Cañas de Tacuarembó en el panorama general de nuestros rancharíos* (Sección III). Montevideo: Biblioteca de Publicaciones Oficiales, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Montevideo.

los casos (...) lo que hace parecer al paisano frente al pueblero, como ser desconfiado.” (p. 47).

Mencionan también las múltiples ocupaciones de las mujeres:

“A las tradicionales actividades del hogar, une indefectiblemente (...) el cuidado del pequeño terreno que les da el alimento básico (...) siempre curvada en dos, sobre la pobre tierra que ya no se digna darles nada. (...) Pero la labor en el terrenito no da dinero, y entonces la mujer debe además conseguir unos lavados entre la familia de los comerciantes (...) Es nuestra mujer rural «una peona más», pero también —a no olvidarlo— una madre más.” (pp. 105 —106).

También les llamaron la atención los juegos de los niños:

“El niño, cuando no juega con sus perros, debe jugar con su imaginación, descubriendo figurados animales de piedra, haciendo ranchos y portones de palitos, animando hombrecitos de barro. Sus juegos de este tipo reflejan las actividades que lo rodean: los vemos —por ejemplo— «parar rodeo» a un ganado de huesos y carozos de durazno con invisibles peones montados en guijarros.” (p. 120).

El tren y la identidad del pueblo

En torno a 1830 en Uruguay, el transporte se realizaba a pie, a caballo, en carruajes y, en caso de haber cargas para transportar, en carretas tiradas por yuntas de bueyes. Las comunicaciones y travesías eran muy difíciles, duraban muchos días y estaban condicionadas por las características geográficas y climáticas. Posteriormente, llegaron las diligencias, pero estas eran distintivas de prestigio social y se usaban únicamente en centros urbanos y zonas próximas¹⁵.

Otro medio de transporte era la navegación fluvial, en el río Uruguay y Río de la Plata, que se utilizaba para el traslado tanto de personas como de cargas. Por otro lado, la actividad comercial entre la campaña y Montevideo se hacía de manera muy lenta, pudiendo demorar más de un mes la llegada de productos o materia prima a la capital del país. Todas estas condiciones señalaron la necesidad de mejorar las vías de transporte y comunicación, tanto dentro del territorio nacional, como con el exterior (con Brasil y Argentina). Estas ideas se fueron gestando y comenzaron a llegar —al novel gobierno— propuestas de desarrollo del nuevo medio de transporte que ya se usaba en varios países: el ferrocarril (Seijas, 2024).

Luego de diversos proyectos y planes de obra, en 1869, se consolidó finalmente la llegada del ferrocarril a Uruguay, conectando primeramente Montevideo con Durazno. En 1891 se trazaron las vías hasta Tacuarembó, y un año más tarde a Bañado de Rocha, Paso del Cerro —y otros pueblos— hasta llegar al empalme de Rivera con Santana do Livramento (Seijas, 2024).

El hecho de que se construyera una estación en la zona de Paso del Cerro entre 1890 y 1892, como parte del tramo que unía Tacuarembó y

15 Seijas, M. N. (2024). *El camino de hierro: La historia del ferrocarril en el Uruguay* (Tomo 1-2).

Rivera, nos da a entender que en la ubicación ya se encontraba un grupo de pobladores. Incluso, algunos vecinos creen que antes la zona era llamada “Bañado de Madruga”, tomando el nombre “Paso del Cerro” a partir de la llegada del tren.



Estación Paso del Cerro (fines del siglo XIX).
Archivo Museo Ferroviario Estación Peñarol.
Fotografía facilitada por M. Ferrón (2025).

La estación fue nombrada: “Estación Paso del Cerro”, por el paso del río que se encuentra próximo al actual puente de la Tercera Sección y contra el cerro chato que se puede observar al costado del camino. Su edificación, inaugurada en 1892, es considerada por el historiador

Enrique Bianchi (citado en Ferrón, 2025), como un elemento arquitectónico distintivo, por ser una de las primeras estructuras prefabricadas en el país erigida con chapa y madera. Posteriormente se le agregaría un embarcadero y un galpón para aumentar sus funciones¹⁶.



Estación Paso del Cerro (años 80)
Imagen aportada por M. Sosa.

El tren constituyó un factor clave para la formación de poblaciones, cuyas dinámicas sociales y económicas se organizaron en torno a las estaciones. La de Paso del Cerro fue muy importante para el desarrollo de la explotación minera en el norte del país. Permitió la conexión

16 Ferrón, M. (2025). *Paso del Cerro: Entre quebradas y trenes* [Informe no publicado].

directa desde el puerto de Montevideo a las minas de Cuñapirú y a Minas de Corrales. Un número creciente de migrantes vinieron a trabajar como peones, ingenieros y administrativos en la compañía francesa que estaba operando en la región durante “la fiebre del oro”, a finales del siglo XIX. Además, el tren fue fundamental para el traslado de maquinarias de molienda,

que antes ingresaban por el puerto de Salto y debían ser trasladadas hasta Cuñapirú en carretas (Ferrón, 2025).

El ferrocarril le dio vida, trabajo e identidad a muchas localidades rurales que se encontraban bastante aisladas. En Paso del Cerro el tren contribuyó con el desarrollo económico y social de la población. Fue el único transporte público que conectó al pueblo con las localidades vecinas y con las ciudades de Rivera, Tacuarembó y Montevideo. La gente viajaba en tren para trabajar, pasear, realizar gestiones, ver médicos, comprar alimentos, “bagayear” en la frontera y hacer vida social.

El tren traía y llevaba viajeros, cartas, trabajadores y mercaderías. La gente subía las papas, la leche y otros productos de su producción para venderlos en los comercios y pueblos vecinos. Desde Montevideo, llegaban los catálogos de *London Paris* que eran muy apreciados porque ofrecían productos novedosos y de buena calidad. La ropa y otros bienes se encargaban, se pagaban en la oficina de correos o en la estación a contrareembolso, y se recibían por medio del tren.

Algunos datos interesantes

El trazado del ferrocarril en la zona estuvo marcado por la rivalidad entre Gran Bretaña y Francia. La línea Montevideo-Rivera estaba en manos de inversores ingleses y usaba *trocha ancha*. Al llegar el tren a Tacuarembó, se pudo elegir una ruta por Santa Ernestina, donde había una mina explotada con capital francés y ferrocarril de *trocha angosta* que conectaba con la usina de Cuñapirú. Como había competencia con los franceses, los ingleses prefirieron que la línea fuera de Paso del Cerro a Tranqueras, sin conectar directamente con Cuñapirú (Ferrón, 2025).

El tren también estuvo muy ligado con el contrabando, por la proximidad con la frontera de Brasil. No solamente los vecinos y vecinas viajaban en el tren para abastecerse de bienes y

alimentos, sino que algunos conductores y guardas eran los principales contrabandistas. Se dice que los *bagayeros*, a veces, desarmaban parte de los trenes para ubicar la mercadería. Cuando los conductores se daban cuenta de que los inspectores iban a subir al tren, aminoraban la marcha para que los contrabandistas pudieran “tirarse” sin lastimarse. Uno de los vagones utilizados para transportar el contrabando era el *Breque*, un vagón cerrado —sin ventanilla— que transportaba encomiendas, mercaderías y, en algunas oportunidades, animales. Aún así, y principalmente en época de dictadura, los inspectores “sacaban” mucha mercadería.

La letra de “Tren Tacoma”, una canción de Numa Moraes, relata cómo era el viaje de Tacuarembó a Rivera en aquellos años:

“Los norteños si señores tenemos un tren corsario (x2)
Sino que lo diga el juez, el guarda y el comisario (x2)
Venís pitando en la noche de la frontera cargando (x2)
Dos vagones de segunda y un brequé de contrabando (x2)
Te llamamos el TACOMA por tu fama de carguero (x2)
Si la cosa se complica se tiran los bagalleros (x2)”

Fuente: Seijas (2024, p. 128)

Algunos datos interesantes

- “Tacoma”: era un tren “chico” que hacía la línea de Tacuarembó a Rivera en las décadas de los 80 y de los 90.
- “Ganz”: era un tren “de lujo”, más moderno que el anterior, que unía Rivera con Montevideo. Contaba con cafetería, asientos reclinables y camarotes.
- Tren de pasajeros: contaba con vagones de primera y de segunda clase. Tenía un servicio diurno (con mesas) y otro nocturno (con camarotes). La línea de tren nocturno, en ocasiones, llevaba al final un vagón con rejas que transportaba presos y personas con problemas mentales hacia hospitales de Montevideo. Popularmente le llamaban “el tren de los locos” o “vagón de los locos”, y se creía que estas enfermedades mentales estaban relacionadas con el consumo excesivo de caña blanca.

Varios pobladores de Paso del Cerro trabajaron en las cuadrillas de AFE¹⁷ y muchos otros se trasladaban en el tren para ir a trabajar en las minas de Minas de Corrales. El transporte de personas enfermas también se realizaba ocasionalmente por tren. Una vecina recuerda que la llevaban en la “zorra” que utilizaba la cuadrilla, hasta Tranqueras, para ser atendida.

El viaje era, además, una forma de hacer vida social. Algunas personas se conocían y hacían amistad durante los viajes. La llegada del tren a Paso del Cerro también era un acontecimiento. Algunos vendedores descendían para ofrecer diarios y otros productos a la gente que esperaba en la estación. Al mismo tiempo, un señor del pueblo conocido como Duarte, instalaba un puesto para vender café, medialunas y caramelos.

Uno de los entretenimientos, sobre todo de la gente joven, era ir a ver pasar los vagones. A la hora del tren se veían rumbar veinte o treinta personas para la estación. Era un lugar de encuentro y uno de los sitios en donde los muchachos y las muchachas “miraban”, no solo al tren, sino a quiénes estaban en la estación o iban en el vagón. Esta reunión de gente era una oportunidad para conocerse y ennoviarse.

Por la bocina del tren “ella sabía que era él”

Se recuerda que, durante un paseo a la estación, una vecina se enamoró de un maquinista con el que luego se casó. “Cuando empezaron de novios y empezaron a buscarse medio a lo escondido, él cuando venía, ella sabía que era él”, porque el novio tocaba la bocina del tren de una manera tal, que parecía que anunciaba su nombre. Un tiempo después, otro maquinista que tenía novia en el pueblo siguió la tradición de anunciarse de la misma manera.

17 Administración de Ferrocarriles del Estado.

Una vecina reproduce un diálogo entre muchachos:

“-¡Vamos a la estación!
- Pero la vieja no quiere...
- Pero vamos a la estación, que ella va también, vamos a encontrarnos allá...”

Todo el día en tren

“¡Ah! ¡Era precioso! Se viajaba todo el día. Salía de allá (de Montevideo) a las 8 de la mañana y llegaba a las 5 de la tarde. Y si no, pasaba acá a las 8 y llegaba a las 5 de la tarde allá. (Los trenes) eran preciosos, con muchos vagones, llenos de gente, porque viajaba mucha gente (...) Yo llevaba mucha comida. Y cuando viajaba con alguna conocida, que ya viajábamos juntas, hasta mate llevaba.”

“¡Isto vai que ni se meye!”

También se cuenta que una vecina subió en un tren para viajar, escuchó que sonaba el pito y por la ventanilla vio que se ponía en marcha. Como le pareció que el vagón no se movía, la señora exclamó: “¡Isto vai que ni se meye!”, es decir: “¡Esto va que ni se mueve!”. Pero el tren que salía no era el suyo, sino el de la perrera (el tren de carga para ganado y caballos de la época).

Recuerdos del tren y la niñez:

“Íbamos a la vía allí, corriendo. Cuando asomaba allá (el tren), nosotros salíamos corriendo por derecho. ¡Tan lindo! ¡Tan lindo!”

“Antes era común sí, que uno iba en el tren y se veían los niños de campaña que iban corriendo al lado del tren. Y saludaban. Corrían, corrían así, al lado del tren.”

“La época del tren era la más linda. A las 8 de la mañana el tren venía de Rivera para Tacuarembó. Mi primer viaje a Montevideo fue en tren. No conocía nada, ni Tacuarembó conocía. Íbamos solo a la casa de los vecinos. Era la forma de vivir.”

El 31 de diciembre de 1984, en las proximidades de Paso del Cerro, se produjo uno de los accidentes ferroviarios más importantes del país. El tren que transportaba pasajeros, animales y una carga de cebada descarriló en el Paso de Carpintería. Al parecer, se reventó el enganche que unía el tren de pasajeros con dos *breques*. Un vagón descarrilado impactó en la baranda del puente y “quedó colgado”. Afortunadamente no hubo personas fallecidas y sola-



Accidente ferroviario próximo a Paso del Cerro (1984).
Fotografía aportada por L. Rodríguez y E. Machado.

mente murió un caballo. El hecho movilizó a mucha gente durante varias semanas, para remover los vagones del lugar. En los trabajos participaron policías, personal de las cuadrillas de AFE y vecinos que fueron contratados para la ocasión.

Luego del accidente, el ejército y la empresa Techint construyeron un puente provisional para que pasara el tren. Estuvieron cerca de un año trabajando allí para reconstruir el puente original.

Durante el tiempo que duraron los trabajos, el “Tronco” Furtado puso una cantina y carnicería en

Una vecina se acuerda bien del accidente. Era un día de mucho calor y, ella con su mamá y otras mujeres, fueron caminando hasta el lugar, cuando hacía poco que había sucedido. Pasaron muchos nervios, porque en esa época no había teléfonos y estaban esperando a la hermana mayor, que se suponía que debía viajar en ese tren. Luego supieron que la hermana había cancelado el viaje a último momento.

Juan Preto —que tenía 5 o 6 años— y sus hermanos quisieron ir en bicicleta a ver el accidente. Recuerda que sus padres no los dejaron llegar hasta el lugar, porque resultaba un espectáculo muy violento para los niños.

"En el accidente se volcó la cebada, lo que se pudo salvar se salvó... lo demás se perdió... Yo tenía dos gurises allá. Trabajaban en AFE. De noche yo les lavaba la ropa. Por suerte era verano, la ropa venía toda sucia de cebada y barro. Los militares trajeron el puente de armar, el que usan para las emergencias. Armaron ese puente para trabajar."

las proximidades del puente Carpintería, mientras que Elisa Echeverría, su esposa, se encargaba de atender el comercio en el pueblo. Siempre había tenido negocio, pero después del accidente se instaló en el paraje de "los árboles de los Tala". Un vecino le llevaba la mercadería

en un carro tirado por caballo. Le arrimaba caña, yerba, tabaco, café negro en frasco y keroseno. De regreso, el carro volvía cargado de la cebada proveniente del tren descarrilado. Se traía diez o doce

bolsas que juntaba a pala. Algunas personas recuerdan que, durante ese tiempo, comieron mucho pan de cebada y alimentaron a sus animales con este cereal.

Desde principios del siglo XX el ferrocarril en Uruguay comenzó a sufrir un lento, pero continuo, declive. La guerra civil de 1904 (con ataques estratégicos a las líneas férreas), la presentación del Plan Vial de 1905, la competencia del transporte caminero (que obligó a bajar las tarifas), así como los problemas internos que comenzaban a aflorar, contribuyeron a esta situación. En 1952, cuando los trenes pasaron a manos del Estado con el nacimiento de la Administración de Ferrocarriles del Estado, AFE, la situación del mismo ya era crítica. Problemas financieros y de explotación, vejez del material de tracción, obsolescencia de las vías, deficiente organización administrativa y la competencia de las carreteras fueron algunos de los problemas identificados en 1961 (Seijas, 2024).

El tren en el lenguaje de la gente

"El tren de pasajeros" / "La perrera" /
"El vagón de los locos" / "El breque" /
"El tren de pagos" / "El nocturno" /
"El Tacoma"

En torno a los años 50 comenzaron las movilizaciones de obreros ferroviarios. Varios años después, en 1985, hubo una huelga muy grande. Vecinos y vecinas de Paso del Cerro recuerdan que, como consecuencia de las huelgas, hubo falta de mercaderías en los comercios y muchos problemas de movilidad ya que los caminos alternativos eran muy precarios.

Indudablemente, el ferrocarril marcó la historia de Paso del Cerro. Fue una parte central en la vida, la economía y el desarrollo local, siendo casi que el único medio de locomoción. La decadencia y posterior interrupción del servicio, en 1987 —durante más de 35 años— tuvieron un impacto muy grande en Paso del Cerro y otros pueblos que dependían de los trenes. Si bien la gente “rebobinó” y se adaptó a la nueva realidad, fue muy significativo el cambio, quedando con la sensación de que ya nada iba a ser igual.

En 2018 se restableció el servicio de trenes en la línea de Tacuarembó - Rivera, con un viaje de ida y otro de vuelta, los días lunes y viernes. Es la única línea de pasajeros existente en el país en 2025. Aunque la frecuencia es escasa, la gente de la zona lo sigue usando para viajar con motivo de hacer compras, trámites, consultas médicas, paseos o concurrir a centros educativos. Además de que no cuentan con otros medios de transporte público —al igual que muchos pueblos— el precio del boleto de tren sigue siendo más accesible.

“La identidad del pueblo siempre fue el tren. Cuando no hubo tren, el pueblo cayó. Ahí hubo que rebobinar otra vez y empezar a vivir.”

“Cambió, cambió. Había mucha movilidad en el tiempo que unos iban, otros venían. Por ejemplo, para las maestras nomás, las que vivían acá era más fácil porque ellas iban en el tren.”

“El camino que había era muy feo. Nada que ver (al de) ahora, pero era un camino horrible. Sigue siendo medio feo, pero en aquella época peor todavía. Peor.”

“No existía el camino ese hacia la ruta. Había el puente, pero el camino era muy precario.”

La estación original —construida de chapa— todavía se conserva y se utiliza, aunque algunos de los galpones adyacentes ya no existen. A su vez, en Paso del Cerro existen varias “casillas” de la época, construidas con el mismo tipo de chapas. En una de ellas funcionó el antiguo correo y en otra un conocido almacén. También existía, en la zona de la estación, un tanque de agua de chapa que era una “reliquia” —similar al que aún se conserva en Valle Edén— que fue desarmado para hacer una playa de acopio para la madera de las forestaciones.



Tren llegando a estación de Paso del Cerro (2022)
Foto: IMEDE



Estación de Paso del Cerro (2022). Foto: IMEDE

Algunos datos interesantes

- Algunas escenas de la película "Corazón de fuego - El último tren" de Diego Arsuaga (2002) fueron rodadas en Paso del Cerro y en el túnel ferroviario de Bañado de Rocha.
- El túnel ferroviario de Bañado de Rocha fué construido en 1892. En 2008 se le declaró Monumento Histórico Nacional. Está ubicado en el kilómetro 466 de la vía y tiene una longitud de 200 metros de largo. Actualmente, es un punto de interés turístico que recibe visitantes, sobre todo, los fines de semana.

La escuela en la vida de la gente



Escuela Rural N° 36 de Paso del Cerro (2022). Foto: IMEDE

Los libros de diario de la Escuela N° 36 nos cuentan algunos datos importantes de su historia^{18 19}. La escuela de Paso del Cerro se inauguró el 1° de diciembre de 1913. La primera maestra que trabajó allí fué Andrea Lamas. Elia Lamas, de 13 años, proveniente de la Escuela N° 1 de Tacuarembó fue la primera alumna de la escuela. Era hija de Andrés Lamas y de Rosaura Vega.



Estudiantes de la Escuela N°36 de Paso del Cerro (s.f.). Imagen aportada por IMEDE.

18 Escuela Rural N°36 de Paso del Cerro (Diferentes fechas, siglo XX). *Libros de diario de la Escuela Rural N°36 de Paso del Cerro*. [Documentos institucionales digitalizados por UdelaR, 2025]. Paso del Cerro, Uruguay.

19 Datos digitalizados con autorización de la Dirección General de Educación Inicial y Primaria y el apoyo de la Maestra Directora y Maestras de la Escuela rural N°36 de Paso del Cerro.



Maestras de la Escuela N°36 de Paso del Cerro (años 50).
Imagen aportada por IMEDE.

En sus comienzos el centro educativo funcionó en una casa, cercana a la plaza, entre las actuales calles Zoilo Barreiro y Güilson Baladón, teniendo una concurrencia muy irregular de sus alumnos, debido al mal estado de los caminos y las distancias que debían recorrer. Las maestras registraron que varios pa-

dres no mandaban a sus hijos a la escuela por “desidia”, lo que obligaba a pedir la intervención policial al respecto.

En los años 1938 y 1939 la escuela no tenía nombre y su estado era “ruinoso”, según escribieron las maestras. Los registros detallan la precariedad y la necesidad de reparaciones: cambiar las aberturas de madera por otras que tuvieran cristales, a efectos de que entrara luz durante los días de lluvia, e instalar agua potable y baños adecuados. En 1928 se había tomado posesión de un terreno para construir un nuevo edificio que, finalmente, fue inaugurado el 23 de septiembre de 1944. Para esa importante ocasión se dieron túnicas y zapatillas a los alumnos y alumnas.



Niños de la Escuela N° 36 de Paso del Cerro vestidos para acto escolar (s.f.).
Imágenes aportadas por IMEDE.



En cumplimiento a la Circular N° 14, se hizo la relación de los niños censados de 6 a 14 años con las correspondientes distancias de sus casas a esta escuela.

Distancias	Varones.	Mujeres.	Total
De dos a tres hectómetros	2	4	6
" 3 a 4 "	3	2	5
" 4 a 5 "	3	2	5
" 5 a 6 "	5	6	11
" 6 a 7 "	3	2	5
" 7 a 8 "	5	2	7
De 1 a 2 kilómetros	4	3	7
" 2 a 3 "	5	2	7
" 3 a 4 "	4	5	9
" 4 a 5 "	3	7	10
De más de 5 kilómetros.	5	3	8
Total.	42	39	81 (1)

Fuente: Libros diarios de la Escuela N.º 36
de Paso del Cerro (1918)

Algunos datos registrados en el pueblo y en la zona circundante nos dan idea de las condiciones difíciles en que vivía la población. Al respecto, un informe realizado por la maestra directora en 1918, explicaba que el estado de los caminos afectaba la concurrencia a clase —especialmente los días de invierno—, y daba cuenta de las distancias que debían recorrer los niños y niñas para llegar a la escuela:

Había quienes recorrían grandes trayectos para ir a la escuela a caballo o a pie. Por otro lado, algunas familias que vivían lejos asumieron la tarea de enseñanza de los hijos e hijas o tuvieron maestras particulares. También, por diferentes razones, algunos niños y niñas no pudieron acceder a la escuela o completar los estudios. Los investigadores Pi Hugarte y German Wettstein, en su estudio de la zona, observaron esta realidad:

“Una vez más debemos recordar, ahora, la elevada proporción de niños que han debido abandonar el aprendizaje

para ponerse tempranamente a trabajar, a veces, con muy poco tiempo de asistencia. (...) es abrumadoramente superior la proporción de niños que concurren a las clases iniciales sobre la de aquellos que lo hacen a las de 4°, 5° y 6° año.” (1955, p. 112).

Esta situación parecía “perfectamente explicable”, dada la situación económica precaria de muchas familias, que llevaba a los padres a pensar que el hijo “pierde tiempo” yendo a la escuela (Pi Hugarte y Wettstein, 1955).

Aún así, durante los años 50 y hasta los 80, aproximadamente, la escuela “blanqueaba” de niños: hubo entre 100 y 200 alumnos. Por un lado, había más habitantes que ahora y, por el otro, las familias tenían más hijos. En los años 70, los niños y niñas de Paso del Cerro comenzaban su rutina escolar a las 8 de la mañana, tenían un recreo a las 10 y terminaban las clases a las 12. Algunos alumnos y alumnas se quedaban a almorzar en el come-

En los años 30 o 40: “Había escuela sí. Yo oía hablar de la escuela, había sí, cuando yo tenía unos 4 años. Yo fui cuando tenía 11 años. Mi hermana tenía 8 y yo tenía 11. Fuimos a la escuela. Yo fui dos años a la escuela. La otra quedó, me sacaron porque tenía que trabajar, tenía que ayudar en la casa.”

“Nosotros fuimos cuatro a la escuela. Cuatro niños. Y fuimos a pie porque mi padre no quería que fuéramos a caballo, porque decía que guría a caballo íbamos a hacer travesura. Y entonces quedaba trecho ¿no? ¡Y todos los días caminando! Eran como 5 kilómetros. Y bueno, y llevábamos más o menos una hora, capaz que un poco menos, porque como gurises, un poco corríamos, otro poco caminábamos.”

“Y nosotros siempre nos sentimos muy queridos por los maestros ¿no? Porque al principio, nosotros, cuando comenzamos a ir éramos muy, muy tímidos, muy chúcaros de campaña. Veíamos gente y disparábamos. Y después, que íbamos a lechucear a ver qué era (la escuela)... Antes nosotros íbamos solamente al almacén. No era como ahora que los gurises salen. Era completamente distinta la criación de antes.”

“Nosotros vivíamos en la Tercera de Rivera y después nos vinimos a vivir acá, al lado de la escuela. Yo odiaba vivir enfrente a la escuela, porque papá nos controlaba de allá...”

Algunos datos interesantes

- Para ir a la escuela, algunos niños cortaban camino por los campos, lo que a veces “no caía en agrado” a los dueños. Algunos propietarios prohibían el paso a los escolares.
- En 1932 se llevaron a cabo, en la escuela, campañas y propagandas antialcohólicas con el fin de “enseñar a niños y jóvenes las graves consecuencias del consumo de alcohol” (según se señala en uno de los libros de apuntes de la escuela).
- El año 1943 se creó un comedor escolar, en el local de la policlínica, que atendió a 35 niños y que duró solo unos meses. Cuando lo cerraron se comenzó a ofrecer una merienda que se conocía como la “copa de leche”.

dor de la escuela. Durante algunos años la escuela funcionó en dos turnos: las clases “mayores” concurrían por la mañana, y las “menores” por la tarde.

Algunas maestras y maestros vivían en Paso del Cerro, pero la mayoría llegaban desde fuera en el tren y solían quedarse en la casa de los Curi durante la semana. Algunas de las maestras que se recuerdan son María Teresa Salvatierra, Teresita Ibarra, Eda Ferreira, Selva Pintado, Mabel Labadie, Neffer García Morales y, también, los maestros Broco y Larbanois.

El agua potable llegó a la escuela en el año 2000. Hasta ese momento se usaba un aljibe. Si no llovía, escaseaba el agua. Había que ir a

Juegos de la niñez

“De tardecita jugábamos con los perros. El perro nos rompía la ropa y ahí ya se terminaba el juego.”

“Como teníamos muchos hermanos, jugábamos entre hermanos. En la casa de nuestros padres había un patio, y había rosetas. Nosotros jugábamos a las carreras ahí, descalzos.”

Los niños y niñas eran grandes inventores de juegos y juguetes con lo que tenían a mano. Con huesitos de oveja o vaca y alambres para las guampas se fabricaba el ganado. Se hacían corrales con palitos y ranchitos con barro. Algunas niñas se hacían sombrillas con hojas de plantas y zapatos “de taco” con palos o maderas debajo de los pies. El dinero era simulado con hojas de naranjo.

buscarla a los pozos de los vecinos o al molino de la plaza. Se recuerda que, en los años 70, los niños más grandes se encargaban de esa tarea. Decían: “vamos a buscarle agua para la Tana”, quién era la cocinera de la escuela.

En la escuela, igual que en todo el pueblo, han habido muchos cambios. En 2025, hay solamente 35 niños y niñas en primaria, junto a unos 15 estudiantes en régimen de liceo rural. En el sentir de los vecinos y vecinas, la escuela siempre había sido un centro social y de servicios para el pueblo. En su local tuvieron lugar reuniones y eventos comunitarios vinculados a la atención de salud, la gestión de servicios, los actos culturales y las celebraciones. Aunque la escuela todavía tiene este papel, ahora se hacen menos actividades comunitarias que antes.

Servicios e infraestructura

La historia de Paso del Cerro puede comprenderse también a través de los procesos comunitarios para conseguir los servicios básicos y las mejoras en las infraestructuras.

Caminería y vías de transporte: la conexión del pueblo con otras localidades siempre fue una dificultad, siendo amortiguada únicamente cuando circulaba el tren de forma continuada. Según datos obtenidos de los libros de diario de la escuela, en 1918 se creó una comisión fomento “pro puente”. Esta comisión funcionaba en la escuela y tenía como finalidad lograr la edificación de un puente carretero sobre el Río Tacuarembó, en el Paso llamado “Paso del Cerro”. Al respecto, Zoilo Barreiro —en ese momento, presidente de la Junta Local de Paso del Cerro— señaló que esta iniciativa se da “por causa de la traba que oponía al intenso tráfico existente entre la Estación de Paso del Cerro y Cuñapirú, Minas de Corrales, Blanquillo, etc.” (1943, p.7).

El puente era fundamental por las “frecuentes crecientes” que impedían el paso y, también, por el gasto que ocasionaba pagar el servicio de balsa para cruzar el río. En 1920, se lanzó la iniciativa formal de la construcción del puente. Cuando la propuesta estaba a punto de concretarse, según Barreiro, “aparecieron partidarios para que la ubicación del puente de nuestra iniciativa, se decretara para Paso de Manuel Díaz, que queda a unos pocos kilómetros más abajo y en el mismo río.” (p. 8). Se desencadenaron conflictos que dieron como resultado la aprobación de su construcción en el paso “Paso del Cerro”. A los pocos años se concretó otro puente en el Paso Manuel Díaz.

En los años 40, Zoilo Barreiro redactó un proyecto para la construcción de una carretera que se uniera con el tramo donde fué incorporado el puente. Se resaltaba la relevancia de esta vía de comunicación que era utilizada para el transporte de las mercaderías desde diversos puntos y localidades circundantes. Lana, cueros, papas, naranjas, maní, maíz

y otros productos viajaban por este camino y luego por tren desde la Estación Paso del Cerro.

A pesar de los esfuerzos realizados, en 1954 la caminería de la zona seguía siendo una “penuria”, según los investigadores Pi Hugarte y German Wettstein:

“Parece imposible creer que en la segunda mitad del siglo XX, y en este sencillito Uruguay en el que vivimos, puedan existir lugares distantes solo algunas decenas de kilómetros de centros poblados de jerarquía, a los que únicamente se consiga arribar tras un día completo” (p. 27).

“El camino pierde su nombre y se transforma en una sucesión interminable de grietas y pozos (...) con declives que se vuelven cada vez más abruptos. Y de tanto en tanto aparecen lodazales enormes, pantanos tenebrosos que el paisano de nuestra campaña ha bautizado con el significativo nombre de “peludos” (...)” (p. 29).

Estos investigadores dejaron por escrito la necesidad de arreglar los caminos ya que, por falta de opciones, la población local se veía obligada a vender sus productos —que “laboriosamente cosechaban”— al bajo costo que imponían los grandes propietarios locales.

Asimismo, en distintas épocas y algunos días de la semana, funcionaron servicios de ómnibus que conectaban Paso del Cerro con Tacuarembó y con Tranqueras.

Agua y luz eléctrica: Zoilo Barreiro también dejó constancia de su preocupación por el abastecimiento de agua potable. La falta de este servicio llevaba a que sus habitantes se sirvieran de pozos y cachimbas, “que fácilmente se contaminan por medio de diversos factores, que generalmente dan origen a tifus e infecciones intestinales” (p. 8). En la plaza existía un molino de viento que extraía el agua de un pozo y la

almacenaba en un tanque. Quienes no tenían agua en sus hogares la cargaban en baldes desde allí.

Desde que fueron inauguradas, en 1996, las viviendas de MEVIR²⁰ contaron con agua potable. En 1997 maestros, maestras, vecinos y vecinas vieron la oportunidad de extender esa conexión para llevarla a la escuela y al resto de las casas. Las gestiones conllevaron muchos trámites por parte de varias personas del pueblo. Finalmente, el servicio de agua quedó inaugurado a mediados de los 2000.

Conseguir el acceso a la electricidad para Paso del Cerro también fue un arduo trabajo. Se realizaron visitas casa por casa recabando los datos necesarios, como los números de padrón y las firmas para la solicitud. En esta tarea estuvieron involucradas muchas personas; entre ellas: Mary Rodríguez, Julia Olivera, Lelis Rodríguez, Pedro Rivero, Ismael Cáceres y el juez de paz en ese momento, Ángel Gabino Núñez.

La electrificación de Paso del Cerro se inauguró el 28 de octubre de 1994, conjuntamente con la policlínica y algunas mejoras realizadas en la plaza. Para celebrar estos logros se organizó una fiesta en la escuela y en la plaza reformada.



Fiesta de inauguración de la luz eléctrica en Paso del Cerro (1994). Imagen aportada por Y. Olivera.

20 Movimiento pro Erradicación de la Vivienda Insalubre Rural.

Algunos datos interesantes

- Antes de la llegada de la luz eléctrica a Paso del Cerro, la gente se alumbraba con *curuyitas* o faroles.
- Sobre las *curuyitas*: en un frasco o botellita se ponía alcohol o keroseno y una mecha de tela. La prendían y con eso se alumbraban. Algunos vecinos y vecinas recuerdan las novelas que leyeron a la luz de las curuyas; así como el olor a keroseno que había que soportar.
- También habían faroles con mantilla y lámparas Aladino (las cuales iluminaban mucho).

En las afueras del pueblo, algunas personas no tuvieron servicios de electricidad hasta 2024, por el enorme costo que suponía la conexión. Las familias utilizaban paneles, baterías y heladeras a supergas. En 2025, casi todas las casas alejadas ya cuentan con este servicio.

Comunicaciones: algunos vecinos mayores de 70 años recuerdan que, en

los años 40, las comunicaciones del pueblo se realizaban a través de un teléfono que funcionaba con un “hilo de alambre”. El teléfono estaba en un comercio ubicado en “Tres Bocas” (en la Tercera Sección de Rivera).



Curuyita utilizada para iluminar (2023)
Foto: M. Olivera



Farol (2023)
Foto: M. Olivera



Lámpara Aladino (2023)
Foto: M. Olivera

Para hablar con alguien de Tacuarembó, había que llamar primero a la *centralita* de Corrales, y de allí llamaban a Tacuarembó. En la *centralita* había una funcionaria de Antel, que se llamaba Romana Paiva. Cuando se tenía que hacer una llamada, Romana pasaba un buen rato intentando comunicarse y reiterando: “Hola Corrales, hola Corrales, conteste Corrales, ¿me da con Tacuarembó?”, hasta que, finalmente, contestaban.

El guarda hilos era quien se ocupaba del mantenimiento de los alambres que pasaban por los campos. En los años 50 y 60, el guarda hilos era José Paiva, el padre de Romana. Mientras que Carlos de los Santos, apodado “Aire”, hizo este trabajo desde 1966 hasta 1973, aproximadamente.

Para recibir o mandar telegramas se usaba el telégrafo. En Paso del Cerro, el telégrafo estuvo en la casa de Edilio Muñoz. La funcionaria encargada durante los años 50 y 60 era Mimí Vargas.

Comisaría: entre 1940 y 1950, la comisaría funcionó en la Casa de Parins. Luego ocupó otros locales hasta que se estableció en su ubicación actual, próxima a la cancha de fútbol y a la vía férrea. Algunos comisarios recordados son Aliano, Rosadilla y Da Rosa. Entre 1955 y 1958 el Jefe de Policía, Centurión Haller, en colaboración con varios vecinos, arreglaron el local de la actual comisaría.



Comisaría de Paso del Cerro. Seccional 12. (s.f.) M. Sosa

Juzgado: antes de que hubiera juzgado en Paso del Cerro, había que acudir al de Bañado de Rocha, donde trabajaba un juez de apellido Olalde. En 1940, el juzgado se trasladó a Paso del Cerro, perteneciendo a la 5ta sección judicial, y funcionó en la *Casa del Altillo*. Allí trabajó el juez Eugenio Saenz Álvarez, más adelante, Gacidalupe Núñez. Posteriormente, esta dependencia se cambió para un local frente a la plaza.

MEVIR: tal como se mencionó antes, el 9 de noviembre de 1996, se inauguró el plan “Movimiento pro Erradicación de la Vivienda Rural Insalubre” (MEVIR) en el pueblo. Las familias que ocuparon las viviendas venían de Paso del Cerro y de los alrededores. Antes de esto, algunas de ellas vivían en predios de familiares, en casas alquiladas, en las estancias donde trabajaban o en viviendas precarias.

Nuestro territorio: lugares y relatos

El territorio es la base geográfica de la vida social. En él se producen relaciones sociales y económicas, vínculos con la naturaleza y saberes culturales que se transmiten a lo largo de las generaciones. Las comunidades se apropian de sus territorios y los gestionan de manera colectiva.

Algunos lugares destacados de Paso del Cerro son la vía férrea, la antigua estación del tren, la comisaría, la escuela, la policlínica, la Junta Local, la capilla y la plaza. Con este trabajo, también, estamos rescatando las memorias de las pérdidas y transformaciones del territorio.

Los barrios: Paso del Cerro tiene siete barrios conocidos por los nombres que les dio la gente del pueblo. Estos son: “Centro”, “Cachorro sentado” (en portuñol, o su variante “perro sentado” en español), “ME-VIR”, “Ferrocaril”, “la Bolsa”, “la Picada” y “la Resbalada” (nombrado así por la presencia de tosca que hacía el suelo particularmente resbaloso). También viven familias dispersas, en campos más o menos alejados del núcleo de Paso del Cerro, que se consideran parte del pueblo.

Las calles: en 2018, las calles de Paso del Cerro, antes conocidas por números, fueron denominadas con nombres de vecinos a través de un decreto de la Junta Departamental de Tacuarembó, de la siguiente manera: Calle 1 - Zoilo Barreiro; Calle 2 - Diamantino Mello (Moro); Calle 3 - Ovidio Rodríguez; Calle 4 y 9 - Estacio Parins; Calle 5 y 8

Algunos datos interesantes

- En la primera propuesta para la denominación de las calles no había nombres de mujeres. Finalmente, se agregó el nombre de Isabel Nuñez —una vecina que ayudaba en los partos— a una calle de una sola cuadra.
- Si bien el pueblo tiene calles citadas por el nombre, lo más común es que se haga referencia a los lugares diciendo: “quedan cerca de”, “donde antiguamente era *x lugar*”, o nombrando a los vecinos que viven allí.



Capilla de Paso del Cerro (2022). Foto: IMEDE

- Güilson Baladón; Calle 6 - Walter Melo; Calle 7 - Rober Leites; Calle s/n - Pedro Assandri; Calle s/n - Ciriaco Braga; Calle s/n - Vicente García; Calle s/n - Isabel Núñez.

La plaza “General Artigas”: es un espacio amplio y arbolado que constituye un lugar preferente de reunión para la gente del pueblo. Durante muchos años estuvo alambrada y tuvo molinetes de entrada en las esquinas. De esta forma se impedía que pasaran los animales,

y se cuidaban las plantas y los árboles. También, en la plaza estaba el molino de viento, donado por Zoilo Barreiro, que servía para extraer agua de un pozo comunitario. La plaza fue reformada en 1994.

Alrededor de la plaza se ubican la sede de la Junta Local, la polí-clínica, comercios, la capilla y algunas casas emblemáticas del pueblo. Una de las viviendas destacadas es conocida como “El Chalet”. También hay alguna “casilla” de chapa, de la época de la estación del tren.



Chalet histórico de la plaza (2022).
Foto: D. Passarella.

En una esquina de la plaza, una placa conmemorativa recuerda la inauguración del asfaltado de calles en 2017.

Como parte de nuestra historia, el grupo promotor de este libro realizó un mapa con lugares significativos, algunos de los cuales ya no están, pero aún son recordados. En él señalamos instituciones, pero también sitios reconocidos por el vecindario a través de sus nombres populares.

En el mapa se pueden identificar lugares significativos que aparecen en los relatos: la Cañada Madruga, la casa de Felico Mello, la ubicación de la Cruz del Gitano, la zona donde se encontraba la pista de aterrizajes de avionetas (utilizada en casos de emergencia), el antiguo correo y telégrafo, la casa dónde fué el consultorio del Doctor Zoilo Barreiro, la comisaría antigua, el comercio de Chico Artigas, Valladares y otros.

La “Piedra Agujereada”: también llamada “Pedra Furada”, es un manantial, al cual acudía mucha gente a buscar agua y a pasear. Durante un tiempo estuvo tapado de maleza y se dudaba si vertía agua. Actualmente, en 2025, el grupo “Nativos del Cerro” mantiene el manantial en condiciones accesibles y realiza senderismo guiado hasta el lugar.

Cementerio y panteones: en las afueras de Paso del Cerro está el cementerio general, creado en la primera mitad del siglo XX. Se dice que habría enterramientos antiguos de la guerra de 1904, pero si fuera así, de ello no quedan rastros. Algunos vecinos recuerdan que, hasta 1973, no hubo camino para trasladar a los difuntos al lugar en medios de transporte. Había que llevarlos a pulso por la picada. Ese año, el intendente Norberto Bernachín, tras una visita al cementerio —junto a Monseñor Gutiérrez Ameztoy, el secretario de la Junta Local, Ángel Núñez, y el vecino Lelis Rodríguez— puso en marcha la construcción



Antiguo molino (s.f.). Imagen aportada por J. Artigas.





Casa del altillio (2022). Foto: A. Muñoz.

de la carretera. Además del cementerio principal, existen lugares de enterramiento y panteones familiares en algunos campos privados.

La “Casa del Altillio”: se trata de una vivienda antigua, hecha de ladrillo y asentada en barro, que tiene la característica de contar con un altillio. La mandó construir Zoilo Barreiro, probablemente en los años 20 del siglo pasado. Tenía una claraboya de vidrio sobre el patio (que ya no se conserva) y un garaje para el auto de la familia (un Ford “A” que era “un lujito para la época”). El mismo constructor que hizo la casa, también construyó la primera capilla católica y alguna otra casa vecinal.

La “Casa Curi”: es una vivienda antigua que está al lado de la anterior. Allí también funcionó el Juzgado, fue *fonda*, almacén, banco, estu-

Algunos datos interesantes

- Entre 1940 y 1950 la “Casa del Altillio” fué utilizada por el juez de paz. Luego fue comprada por una familia de Dom Pedrito - Brasil.
- Perla Marie Fros (nacida en Rivera) y Sirlei Rodrigues (nacido en Santana do Livramento) celebraron allí su casamiento en 1966. El juez fué Gacidalupe Núñez.
- En diferentes épocas funcionó también allí un radio-transmisor que emitía programas realizados por vecinos y vecinas. Por ejemplo, la enfermera Yacqueline Olivera y Marcela di Castro tenían un programa de salud.



Playa del Paso Viejo (s.f.).
Imagen aportada por A. Rosas.



Paso Viejo (2022)
Foto: IMEDE

vo el “correo viejo”, realizaban bailes y fiestas. Se cuenta que en la casa se quedaban los arroceros que venían a trabajar en la temporada, los mineros y la gente que llegaba en el tren.

Cruz del Gitano: camino al cementerio, cerca de la estación de tren, había una cruz de material colocada en un terreno, a la que llamaban “Cruz del Gitano”. Su origen tenía que ver con un grupo de gitanos que

Otros lugares de Paso del Cerro

- Algunos edificios interesantes del pueblo son la antigua casa del telégrafo, la estación de AFE, el antiguo Juzgado y las casillas tradicionales de chapa. Mientras que de otras construcciones, como la escuela vieja, el molino de la plaza y el tanque de agua de la estación, solo queda el recuerdo.
- Otras viviendas antiguas son las que se conocen como la “Casa de Pocho” y la “Casa de Felico”. Esta última fue carnicería y, también, local de fiestas y celebraciones entre los años 30 y 50.
- En los alrededores de Paso del Cerro hay lugares en donde la gente se baña durante el verano. La “playa del Paso Viejo”, en el Río Tacuarembó, y el “Lagunón del Pocho” son los más concurridos.
- A su vez, el Cerro de la Virgen, el Cerro del Paso y el puente de Paso del Cerro son lugares emblemáticos mencionados en otros apartados del libro.



Cerro del paso (2022). Foto: IMEDE

venían cada cierto tiempo a Paso del Cerro. Acampaban, comerciaban sus productos y, también, hacían sus fiestas. Alrededor de 1955, hubo una pelea en el campamento que resultó en la muerte de una persona. Donde se dió el suceso, se colocó una cruz para recordarlo. Después de un tiempo, la gente empezó a dejar ofrendas, flores y le hacían *promesas* a cambio de favores. Por ejemplo, se le pedía lluvia si faltaba o soluciones para algún problema personal. Hasta hace pocos años, la Cruz del Gitano todavía se conservaba, pero —por motivos que se desconocen— alguien la quitó del lugar. Se dice que fue arrojada en una corriente de agua cercana.

Caballos y sustos

“Venía una tropa de Artigas que conocía poco el lugar. Entonces, quedó ahí esa noche. Y el Ruben, mi hermano mayor, tenía 13 años, y fué a acompañarlos a pasar para enseñarles el camino. Y después, quedó allá en el campamento, hasta que le dijeron: “dé vuelta mijo, porque ya es tarde”. Era de noche ya. Se venía una tormenta. Y empezó a oscurecer y él a apurar... Y a veces sentía que, de vez en cuando, le daban un lazo al caballo. Entonces él iba que volaba ¿no?... ¡Ni miraba para atrás! Allá, a las cansadas, se armó de coraje y miró para atrás... Era el lacito de él que había quedado mal prendido y cada tanto golpeaba al caballo... pero él ¡tenía un susto!”

También se dice que, por la noche, un caballo de frente es “igual a una persona” en el medio del campo.

Luz mala

“Dice que, cuando aparecen esas luces, es plata que hay. Dicen que acá también aparece, ahí en mi fondo. Yo nunca vi ... porque acá dice que falleció de tuberculosis, ¿no? Y antiguamente la tuberculosis dice que era contagiosa (...) Entonces la persona que falleció, comentan, no sé si es cierto, que tenía cubiertos de plata, todas esas cosas y enterraron todo... Ahí en el fondo de casa, para evitar el contagio.”

Mujeres que “aparecen”

Hay quienes comentan que, cerca del pueblo, había un ombú del que “salía” una mujer de blanco. “Ahí, en la plaza, también dice que aparece una mujer sin cabeza (...) Contaba que cuando salía de trabajar de AFE veía a la mujer sin cabeza. Y lo más lindo es que decía: la mujer sin cabeza y con el pelo por acá”, (la narradora señala la altura de los hombros y se ríe).

Algunas historias y relatos populares que también “hacen” al territorio: en el pueblo se contaban y se cuentan historias sobre “luces” y ollas enterradas llenas de plata o de libras esterlinas. Una familia que vivía a 10 kilómetros de Paso del Cerro, cada tarde veía pasar por el campo una luz bien redonda, que después se perdía a lo lejos. Luego de un



Puente sobre el Río Tacuarembó (2022). Foto: IMEDE

tiempo desapareció. Se dice que algunas personas encontraron tesoros en los campos de los alrededores relacionados con este tipo de luces.

Un señor que era carrero, cuando se tomaba una “copita” le daba por decir que era rico, pero nadie le creía la historia. Al tiempo de su fallecimiento, la familia encontró en el fondo de un baúl muchos billetes “coloradinhos” de cien pesos. Aunque en su momento, el dinero guardado había sido bastante, por el paso del tiempo y el cambio de moneda, cuando encontraron los billetes, ya no servían.

Se comenta que en la “Picada del Burro” se escucha el sonar de un acordeón. Se dice que quizás sean sonidos que se producen en los cerros a causa del agua que corre y de las zonas huecas en el interior de los mismos.



Vista desde el Cerro de la Virgen (2022). Foto: IMEDE

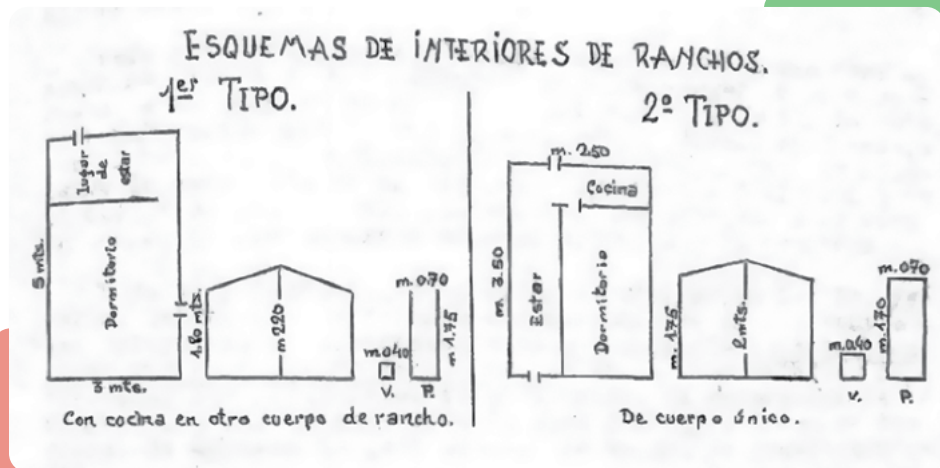
Modos de vida: familia, casa y vecindad (1930 a 1960)

Antes, las familias de Paso del Cerro vivían en sincronía con el entorno, interpretando las señales de la naturaleza y produciendo casi todo lo necesario para vivir. Imaginemos que, cuando se iba a trabajar al campo o a la chacra, no había relojes. La hora se sabía por la altura del sol o porque simplemente “el cuerpo te dice”. El clima se pronosticaba observando el entorno; por ejemplo: si el gallo cantaba por la noche, al otro día habría cerrazón.

Sobre las viviendas, se puede decir que las más comunes eran los ranchos de terrón, los de adobe y principalmente los de “palo a pique”. Los techos podían ser de paja o de “chapas” de cartón alquitranado. Los pisos, en muchos casos, se hacían de “cupí” o “cupín” —una especie de hormiguero de barro hecho por termitas— que se juntaba y apisonaba dentro de la casa, hasta que el suelo quedaba firme y liso.

Otras casas se construían de piedra o de chapas forradas con madera por dentro. Actualmente, aún pueden observarse la estación del tren y algunas de las casas de chapa y madera. Entre los años 1920 o 1930 comenzaron a aparecer algunas viviendas hechas con ladrillos artesanales fabricados en Paso del Cerro. A diferencia de las construcciones de barro, las de piedra y ladrillo eran consideradas “un lujo” para la época.

En las viviendas familiares, generalmente, había una cocina (inclui-



Fuente: Pi Hugarte, R., & Wettstein, G. (1955)

da o aparte), comedor, cuartos para dormir y un parral o enramada que los unía con un pozo de balde en el centro. Usualmente había un cuarto para los padres y otro para las hijas mujeres “pegado al de los padres”. El cuarto de los hombres, en muchos casos, se encontraba en el patio, lo que daba más libertad de movimiento.

Algunos datos interesantes

- En el terreno, próximo a la casa, se encontraba la quinta (espacio cerrado donde se cultivaban plantas chicas y medianas en canteros). Más alejada de la vivienda se ubicaba la chacra (terreno en el cual se plantaban cultivos de mayor porte).
- Sobre las casas de terrón: se elegían lugares donde el terreno fuera bajo y con palas de puntear (derechas), se sacaban terrones rectangulares, parecidos a un ladrillo pero más grandes, y chanfleados. Los terrones se sacaban con el pasto, luego se los emparejaba y se hacía la pared con “trabado”. Las viviendas de terrón podían llegar a durar de 15 a 30 años.
- Sobre las casas de adobe: eran construcciones similares a las que hoy vemos de ladrillos, pero los adobes no se secaban en el horno.
- Sobre las casas hechas de “palo a pique”: eran las más comunes, construidas con palos del monte, a los que se le agregaba piedras y “lo que hubiera” para rellenar: paja, chala de maíz o piedra. Finalmente se revestían las paredes de adobe (mezcla de barro, estiércol de caballo, chilcas y ramas).

Cuando había baño, estaba aparte de la casa, nunca adentro. Si no había, se utilizaban lugares de vegetación espesa. Para bañarse, las personas utilizaban latones o bañeras en los dormitorios o, más adelante en el tiempo, lluveros hechos con baldes colgados. Ocasionalmente, los hombres acudían a los arroyos o las zanjas.

Las familias construían sus propias viviendas y, también, casi todo lo que había dentro de ellas. Los muebles se hacían con maderas rústicas de ceibo, laurel negro, blanquillo o pinotea. Si en la familia no había carpinteros, y dependiendo de la condición económica, los muebles se mandaban a hacer fuera. También se hacían en casa otros objetos y bienes de uso cotidiano como lámparas “curuyas”, colchones, almohadas, colchas, jergones, ropa, jabón, utensilios de cocina, etc. Por ejemplo, con la lana de las ovejas se tejían ponchos y otras prendas; con retazos de telas y de ropas usadas se hacían colchas; con los huesos de la cadera de las vacas —atados con tientos— se fabricaban bancos y las latas recicladas se convertían en calderas. Los colchones se hacían de gramilla seca o de lana de oveja.

“Las colchas se hacían con retazos: Nos tapábamos con eso y no nos podíamos mover mucho. Entrabas a las casas y veías: ¡A cuál de todas era más bonita!”

La organización familiar

Entre los años 1930 y 1960, frecuentemente, las familias eran más numerosas que las de ahora. En cada casa vivían la madre, el padre, los hijos e hijas —en algunas familias llegaban a ser más de 10— y también alguna abuela, abuelo o tías y tíos solteros o, momentáneamente, sin trabajo. No era infrecuente, además, que en la familia se integrara algún niño o niña que se consideraba hijo o hija “de criación”.



Familia Rodríguez Fros (1922). Imagen aportada por L. Rodríguez.

Los integrantes del hogar —incluidos los niños y niñas— colaboraban en las tareas: trabajos de la casa, de la quinta, de la chacra o del campo. Las mujeres se encargaban de todos los trabajos de la casa (cocinar, lavar, planchar, cortar leña, prender fuego a primera hora de la mañana, entre otras) así como de la elaboración de jabones, frazadas y de otros bienes que tenían un valor económico importante para el núcleo

familiar. A ello se le sumaba la crianza y cuidado de los hijos, y tareas vinculadas a la chacra, quinta y cuidado de animales para el consumo del hogar. Cuando en una casa había varias mujeres, se repartían las



Hermanos y hermanas Rodríguez López (años 50).
Imagen aportada por F. Rodríguez.

do era jovencita también tenía la tarea de levantarse a las 5 de la mañana para esperar con el mate listo a los padres, o llevárselo a la cama. Algunas mujeres, sobre todo antes de casarse, trabajaban en *casas de familia*.

Por otro lado, las mujeres eran quienes preservaban y transmitían muchos saberes necesarios para la vida —prácticos, culinarios, religiosos, sociales, etc.— a los hijos e hijas. Sin embargo, su aporte, muchas veces no era valorado de igual manera que el de los hombres.

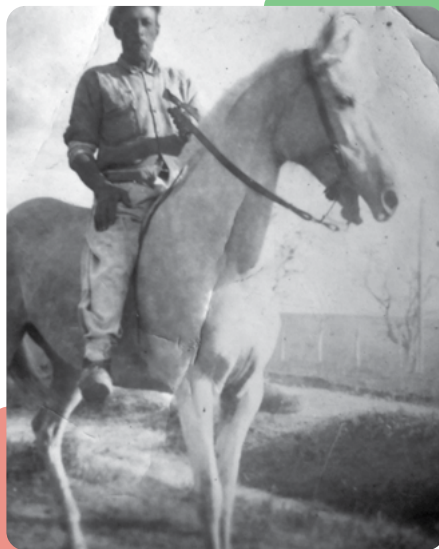
Los hombres, por su lado, trabajaban en la chacra, en las plantaciones, en el campo y en el ejercicio de oficios o profesiones. En general se percibía que eran ellos quienes “llevaban el peso” o sustento para la casa. A quienes trabajaban en la chacra se les llevaba café con pan, algún boniato asado o lo que hubiera disponible en la cocina. Cuando es-

tareas por semanas; por ejemplo: la semana de cocinar, la semana de lavar los platos, la semana de lavar ropa —a veces en el arroyo— y planchar, la semana de juntar leña, etc. Una mujer recuerda que cuan-



Cisplatina López (s.f.). Imagen aportada por F. Rodríguez

"Pero solo en que usted diga que el hombre era el que hacía todo y la mujer no hacía nada, cualquiera se da cuenta: ahí no funciona. ¿Cuál era la casa que podía funcionar sin que todos trabajen? Hacían tejido, cosas de lana... Todo eso era a favor de la casa. Era algo que entraba a la casa sin tener que depender del peso. Los que tenían ovejas tenían lana, hilaban lana y hacían frazada, hacían buzos, camperas... Entonces, eso ya era plata que no tenía que gastarse."



Hombre a caballo (s.f.). Imagen aportada por M. Rodríguez.

Una vecina cuenta cómo crió a sus 16 hijos e hijas:

"Yo los ponía a cuidar a los más grandecitos. Crié a todos, tenía que lavar todo, los pañales, secar... A la hora de la comida le daba a uno, después a otro, a otro... Había que ayudarlos con la cuchara. Los más grandecitos iban a la escuela; después los más grandes fueron llevando a los más chicos."

taban retirados de la casa, comían allí mismo: carne asada o comida preparada en el lugar.

Sobre la *ayuda* de los niños, una tarea común de las hermanas mayores era el cuidado de los más chicos, e incluso, en algunos casos,

"Mi padre tomaba el mate, después que se levantaba, él se preparaba todo para ir a trabajar. Iba a la chacra a plantar. Después, bueno, los hermanos todos ordeñaban una cantidad de vacas, ¿no? Y sacaban ahí para el queso, para el café, para el diario, ¿no? Pero eso eran los hermanos, o sea, mi padre iba con alguno de los hermanos y los otros se quedaban ordeñando."

"No iban a comer a la casa, comían en el campo. Generalmente, uno les llevaba la comida al mediodía."

"Sino se hacía. Se hacía una ollita, se hacía la comida allá (...) con lo de la chacra no más: papa, boniato, lo que hubiera."



Niño picando leña (s.f.). Imagen aportada por A. Rosas.

de los recién nacidos. Pensando en ello, se cree que la práctica de envolver a los bebés con una faja de tal manera que “parecían momias”



Hermanas (s.f.). Imagen aportada por M. Rodríguez

“En casa pasó muchas veces, pero había que avisar a la maestra: mañana voy a faltar maestra, porque voy a ayudar a mi padre.”

“En mi casa pasaba de vez en cuando. A veces el hermano tenía que trabajar, hacer alguna tarea –que el padre estaba solo– faltaba a la escuela. Faltaba mi hermano mayor y el otro también.”

“Plantábamos chacra, teníamos de todo. Ahora uno piensa, pasamos trabajo sí. Antes de que mi padre fuera para esa estancia donde él trabajaba, yo me acuerdo, ya era grande –tenía 6 años– ahí plantó chacra y trabajábamos todos. Pasábamos trabajo, venía la tal langosta esa, teníamos que ir todos: del más chico al más grande para la chacra a correr a la langosta...”

facilitaba que las niñas pudieran agarrarlos con mayor facilidad. Otras fajas, llamadas “ombligueros”, se utilizaban para “que no se rindiera el ombligo”. Los hijos e hijas, según su edad, también colaboraban en actividades de la chacra y del campo. En temporadas de mucho trabajo, no iban a la escuela para ayudar a los padres.



Niño a caballo (s.f.). Imagen aportada por M. Rodríguez

Así como se trabajaba, también había momentos de descanso y distracción. Entre los quehaceres diarios el mate —o la hora del mate en la tarde— “era sagrado”. Siempre que era posible, a las 5 de la tarde las mujeres preparaban el mate dulce con alguna torta al horno y charlaban de la semana o de otros temas. El mate se cebaba con una caldera en recipiente de porongo o en una taza esmaltada. A la yerba se le ponía cáscara de naranja o cedrón. Había quienes preferían el mate con leche.

En la tarde-noche algunas familias armaban fogón afuera o adentro. En ese momento se charlaba, se contaban anécdotas o historias de lobisones o *apariciones*. Los *gurises* aprovechaban el tiempo para jugar a la escondida, al mangangá, a la pelota o “para hacer alguna diablura”.

“No nos parece y no es posible”

Algunas prácticas y dinámicas familiares eran comunes en el pasado y, por lo tanto, debemos mencionarlas en nuestra historia del pueblo. Hoy, con la mirada del presente, las mujeres del grupo promotor realizamos reflexiones críticas sobre algunas situaciones injustas.

“Había un respeto, o no sé lo que era, pero los hombres eran los hombres...”

“Ustedes leen una libreta de casamiento antigua –no sé ahora cómo es– fíjense en lo que dice: que el hombre tiene el deber de mantener la casa. Aunque algunos no mantenían, pero está escrito. Yo, en la mía dice: y que la mujer tiene que cuidar a los hijos. Pero eso es una cosa que decía en la libreta (...) El matrimonio éramos los dos. Me parece que eso no... ¡No puede ser!”

“Era sometida la mujer, a quedarse allá abajo quieta, haga lo que haga. No es que yo tenga ese concepto, pero es lo que uno percibe. Que ¡cómo puede ser, si todos trabajan! Eso me parece mal (...) Porque uno veía en ciertos lugares que el hombre decía: «Sentate ahí», y la mujer se sentaba... «Anda para allá» y la mujer se iba ¡Yo vi! En mi casa no fue así, gracias a Dios, no, pero se veía eso.”

Sobre las situaciones de desigualdad de las mujeres en el pasado, el grupo concluye: “No nos parece y no es posible. Hoy en día no es posible”

El sustento del hogar

El sustento familiar se basaba en una serie de actividades, remuneradas y no remuneradas, que realizaban las personas integrantes del hogar. Hemos identificado las siguientes labores principales: plantaciones en quintas, plantaciones en chacras, cría de animales (o trabajos de “campo”), cría de animales de menor porte (aves, cerdos, etc.) y la elaboración de alimentos y bienes necesarios para la casa. A continuación se detallan algunas de estas actividades.

“Para hacer una quinta había que cerrarla, trabajar con pala y azada, y plantar todo. Cuando se iba a cocinar, uno iba a la quinta y traía un brazado de verdura verde, lechuga, zanahoria, zapallo...”

El laboreo de la tierra y la plantación de quintas se hacía en casi todas las familias con el fin de obtener lo necesario para “la olla” diaria. En los canteros de la quinta se plantaban zapallos, zanahorias, ajos, cebollas, rabanitos, arvejas, chícharos, nabos, porotos y más.

La plantación se decidía en base a la época del año y las fases lunares.

Sobre las chacras se puede decir que se plantaba, sobre todo, porotos, boniato, maní y maíz. El maíz se cultivaba tanto para “la olla” como para darle de comer a los animales. Por ejemplo, los choclos se usaban para el consumo familiar, los granos de maíz para las gallinas y las chalas para forraje para animales.

Se criaban animales tales como gallinas, patos, guineas, gansos, pavos, cerdos y vacas lecheras. Algunas familias tenían también vacas y ovejas que destinaban a la comercialización.

Algunos datos interesantes

- En **luna menguante** se planta lo que crece debajo de la tierra y se juntan las semillas “para que no se piquen”.
- En **luna creciente** se planta lo que crece para arriba.
- En **luna nueva** se planta lo que florece y se evita plantar lo que no es deseable que florezca (por ejemplo: el perejil).

Las familias debían abastecerse de agua por sus propios medios. Casi todos los hogares tenían sus pozos de balde o aljibes, pero en épocas de sequía, el agua se cargaba de un pozo que estaba en la plaza y que funcionaba con un molino de viento. Otros lugares a los que se podía ir a buscar agua era a las cachimbas o a un manantial llamado la “Piedra Agujereada” o “*Pedra Furada*”.

Los bienes básicos que no se producían en la casa, se compraban en almacenes y carnicerías de la localidad. Allí se conseguían alimentos e insumos para el hogar; ya que estos locales estaban “muy bien surtidos y se podía conseguir de todo”.

Al igual que en toda la región, el papel del contrabando “chico” siempre ha sido importante en la economía y la cultura del pueblo. Antes, la mercadería viajaba desde la frontera brasilera a Paso del Cerro en carros con caballos o en el tren. Posteriormente, el contrabando pasó a transportarse en ómnibus o en autos.

Algunos datos interesantes

- A las personas que se dedicaban al laboreo en las chacras (en oportunidades para la venta) se las llamaba “*chacreros*”.
- El cultivo fue una fuente de trabajo tan significativa en la zona, que se lo asemeja a la importancia laboral del tren.
- **Sobre las plantaciones:** hay quienes dicen que fue mayor la producción de arroz que la de papa, mientras otros afirman que fué al contrario. La realidad es que ambos cultivos fueron muy relevantes.
- **Sobre el maíz:** era un cultivo muy importante, utilizado para diversos fines. Se desgranaba usando una pala dada vuelta (trabajo “clásico de la noche”). Las chalas (hojas y tallos restantes de la planta) se utilizaban como forraje para los animales. También con las chalas se hacían “*hojillas*” para fumar (con tabaco traído de Brasil).

El agua en el caso de la Escuela

La escuela también contaba con un aljibe, pero su agua “*no era muy confiable*”. Por este motivo, los escolares más grandes se encargaban de ir a buscar agua ya fuera a los pozos de los vecinos o al molino de la plaza.

Los lazos de la vecindad (1940 a 1980)

Al hablar sobre los modos de vida en Paso del Cerro, no se puede dejar de lado la importancia de los lazos de vecindad en el diario vivir, en las fiestas y actividades compartidas y, también, en la ayuda para sobrellevar dificultades y problemas.

Las relaciones entre vecinos generalmente estaban fuertemente marcadas por la colaboración y la retribución de los favores; por ejemplo, el trueque de productos y alimentos. Se cambiaban patos por gan-
sosos, verduras por charque, etc. Se decía que “era bueno pedir algo al vecino para que se sintiera útil”. Incluso, cuando se mandaba a un “guri”

“El vecino para nosotros era de lo principal porque, ¿quién va a llegar primero? El vecino. Si te pasa algo, vas al vecino. No vas a llamar a un familiar que está al otro lado. El vecino está ahí siempre: ayer, hoy y siempre (...) Nuestra madre nos enseñó eso. Que el vecino es el familiar más cerca. Y el vecino, bueno, cuidalo. Y el que es malo, no es preciso quedar mal; te abris y pronto. Pero quedar mal no puede ir. Vas en la calle ahí y quebrás la pierna, no puedes caminar. Tenés que gritar al vecino ni que estés mal con él.”

a preguntar la hora a la casa de alguien que tuviera reloj, a cambio, se le ofrecía hacer mandados a modo de agradecimiento.

A falta de refrigeración para conservar los alimentos, muchas veces, cuando se carneaba se le entregaba, por ejemplo, una *paleta* de vaca al vecino. Cuando este carneaba, devolvía una pieza igual. De esta manera, se podía contar con carne fresca en diferentes momentos del año. Esta práctica refleja la confianza que podía haber.

Para realizar algunos trabajos rurales, como las yerras, se invitaba a los vecinos y vecinas. Más que un trabajo, la yerra era una fiesta compartida que duraba un par de días, donde los hombres marcaban y castraban los terneros, y las mujeres preparaban los alimentos para compartir. En esos encuentros no faltaban la música y las *bromas*. Una broma común era rellenar una empanada con lana, yerba, semilla de

zapallo o pimienta para reírse de quién la comiera. Algo similar ocurría con las faenas, de cerdos y/o vacas, donde se invitaba a los vecinos a participar de la tarea y luego se compartía parte de la carne o de los productos obtenidos.

Entre 1940 y 1950, en épocas de campañas electorales, llegaban muchos políticos desde Tacuarembó. Sus visitas eran buenos momentos para encuentros y festejos. Se realizaban concentraciones y actos que, a menudo, incluían comida, como modo de atraer a la gente. Algunos vecinos recorrían todos los comités, independientemente del partido que votaran. La fecha de las elecciones se reservaba para la vida social. No solamente se votaba, sino que el día se vivía como una celebración que incluía comidas, reuniones y, también, juegos como el gofo y la taba, con apuestas clandestinas.

Así como existían momentos de reuniones y festejos, se recuerdan también tiempos de dificultades, en los cuales los lazos de vecindad fueron un factor clave para sobrepasarlos.

Algunos datos interesantes

- Las personas con mayores recursos solían ceder tierras para el pastoreo o la realización de quintas y, en algunos casos, vacas lecheras, a quienes lo necesitaban.
- Cuando se elaboraba pan, queso, dulce o se cosechaban productos de la chacra, era normal convidar a los vecinos y vecinas.
- Los padrinos y madrinas *“de criación”* generalmente eran vecinos que se convertían en un segundo padre y una segunda madre para el ahijado o ahijada.
- Al momento del parto y la crianza de las criaturas, era normal que las vecinas se ayudaran.
- Hay una frase muy significativa que se ha conservado en Paso del Cerro: *“Mais vale un vecino perto, que un parente longe”* (“más vale un vecino cerca que un pariente lejos”).
- Hasta el día de hoy en Paso del Cerro se dice *“Visinhar”* o *“Vecinarse”* como sinónimo de ser amable con los vecinos, colaborar con estos o tener algún trato.

Entre 1940 y 1950, varias plagas de langostas afectaron las chacras, promoviendo que la gente de Paso del Cerro se organizara para combatir las. Para espantarlas, se ponían banderas de papel en los campos o se hacía ruido con latas y piedras. Para eliminarlas, cuando las langostas ponían huevos en las plantaciones, los vecinos junto con la policía, preparaban *máquinas* especiales de 1 a 2 metros con nafta para prenderles fuego. Otra manera de combatir la langosta era con grandes palmetas caseras.

Las severas inundaciones de 1959 afectaron varias zonas de Tacuarembó, incluyendo a Paso del Cerro. Se recuerda que llovió más de 15 días, casi de continuo. El pueblo “parecía una isla”, todo rodeado de agua proveniente del río Tacuarembó que “salió campo afuera”. Muchas casas resultaron dañadas, por lo que la comunidad se organizó para ayudar a quienes tuvieron que dejar sus hogares y, más tarde, para recuperar viviendas y pertenencias. Había tanta agua que fue necesario cruzar en bote al otro lado de la vía para recoger a las familias afectadas. Posteriormente se les dio alojamiento en el galpón de AFE, en la escuela, en la comisaría y en las propias viviendas de vecinos y vecinas. Se cree que

Algunos datos interesantes

- El problema con las langostas se dio más de una vez en diferentes períodos de tiempo. Los mayores recuerdan haberlo vivido o escuchar a sus padres hablar de dos momentos que los marcaron: “la guerra” (de 1904) y el “tiempo de las langostas”.
- Una vez que estas aparecían “comían todo, no solamente la chacra, sino los árboles. Quedaban los gajos secos nomás”.
- Otra forma de eliminar a las langostas era haciendo pozos o canales anchos y hondos en la tierra. Luego se las espantaba haciendo ruido hasta que caían en las zanjales y se las enterraba. Algunas personas contaban los saltos que daban las langostas y en base a eso calculaban dónde había que hacer el canal. Estaban las langostas “saltonas” y “las que volaban” (aparentemente el mismo tipo de insecto pero en diferente fase). Con estas últimas la técnica de los canales no funcionaba. Hoy en día todavía quedan rastros de esos canales en Paso del Cerro.

el gobierno habría concentrado la ayuda sobre todo en Paso de los Toros, por lo que, en los demás pueblos, la gente “se arregló como pudo”.

En los años 70 y 80, el periodo de la dictadura militar provocó algunas fracturas en los lazos de vecindad. Si bien alguna gente opina que “no se notó mucho la dictadura”, existían dificultades para reunirse y, en algún caso, para celebrar una fiesta de casamiento. Se recuerda, en particular, algún comisario que era muy estricto y que, en la época del gobierno militar, lo fue aún más.



Hombres trabajando en la construcción de la pista de carreras de caballos (años 50). Imagen aportada por M. Rodríguez.

Otra forma de ayuda vecinal eran los “beneficios”, una costumbre que fortalecía los lazos de vecindad de dos maneras. Por un lado, se realizaban actividades que generalmente terminaban en bailes, y por otro, se reunían fondos para alguna causa. Se organizaban carreras de caballos, fiestas criollas y campeonatos de fútbol. Los fondos iban destinados a una vecina o vecino enfermo, o bien a la escuela, la policlínica o la comisaría. Los *beneficios* eran una forma muy apreciada de diversión y encuentro comunitario.

Oficios y medios de vida (diferentes épocas del siglo XX)

En este capítulo, se mencionan una variedad de oficios y labores que se desarrollaban en distintas épocas del siglo XX vinculados al campo, a las plantaciones, al ferrocarril, al comercio y otros ámbitos.

Oficios del campo y las plantaciones

Los trabajos en el campo han sido un importante medio de vida para la zona, una fuente de empleo y de changas²¹ incluso hasta el día de hoy. Al hablar de “*oficios de campo*”, nos referimos a los trabajos que se hacían en estancias, con el ganado, o a cualquier tipo de actividad agropecuaria. Algunos oficios destacados eran los siguientes: peones, alambradores,



Mujer a caballo (s.f.).
Imagen aportada por A. Rosas.

²¹ Trabajos temporalmente cortos que se realizan de manera puntual, en este caso, en el medio rural.



Hombre trabajando con bueyes (s.f.). Imagen aportada por M. Rodríguez

productores familiares, domadores, esquiladores, cocineras y cocineros de estancia, entre muchos otros.

Comencemos por señalar que varios pobladores de Paso del Cerro eran **productores ganaderos familiares**. Desempeñaban varios tipos de roles y se encargaban de su propia producción que, claramente, era de menor escala que la de las estancias. A su vez, podían dedicarse a otros oficios, como los que se describen a continuación, con la finalidad de obtener un complemento económico.

Los **peones** eran principalmente hombres, contratados para trabajar en las estancias de la zona. Muchas veces se quedaban en el lugar de trabajo y *salían* (de descanso) cada 15 días o una vez al mes, “dependiendo del patrón”. Actualmente, quienes trabajan como peones rurales “salen más seguido” o regresan a sus casas después de la



Cargando terrones (s.f.). Imagen aportada por M. Rodríguez.

jornada laboral. Esta movilidad es posible porque hay más facilidades de transporte; especialmente motos.

Cuando las estancias eran muy grandes o extensas, se contrataban también **puesteros**. Los puesteros desempeñaban el mismo rol que el peón rural pero generalmente se encargaban de una fracción del campo. Contaban con una vivienda —aparte y retirada del *casco principal*— llamada *puesto*. En algunas ocasiones, el puestero se encargaba de la totalidad del campo, haciendo todo el trabajo en la estancia y pernoctando en el *puesto*.

En las “estancias grandes” trabajaban también **cocineros o cocineras**, que se encargaban de preparar alimentos para la familia y/o para todos los trabajadores. Esta labor podía variar mucho, dependiendo de la organización de la estancia. En algunas no había cocineras, pero sí un *peón casero*, que muchas veces cubría esa función (además de carnear, asar, picar leña para el patrón y los peones, entre otras tareas). Otro caso recurrente era el de las mujeres que iban “acompañando” a los maridos o parejas que trabajaban en la estancia, y que se dedicaban a esta labor, generalmente sin ser remuneradas.

Los **alambradores** eran quienes hacían los alambrados de las estancias. O bien, en oportunidades, debían trabajar para sí mismos en sus propios campos.



Hombre a caballo. Imagen aportada por M. Rodríguez.

“Yo estuve muchos años como acompañante, y me tocaba cocinar. Pero a mí no me pagaban.”



Tropa en camino a Paso del Cerro (2022). Foto: IMEDE.

Los **domadores** eran personas contratadas para la doma de caballos; trabajo que se hacía como changa, ya fuera “por la comida” o “por un peso para vestirse o para tomar un trago”. En ocasiones se convertía en un trabajo estable, ya que, después de domar algún caballo, se los podía contratar como peones. En algún caso, se les *daba* una parcela del campo para hacer su casa y continuar trabajando allí.

Por su parte, los **troperos** eran personas que se dedicaban a trasladar el ganado —principalmente vacuno y ovino— en grandes tropas a caballo. El destino generalmente era la venta. Este trabajo podía llevar días o, incluso, semanas.



Serapio y Miguel López Rodríguez cortando paja (años 50). Imagen aportada por F. Rodríguez.

En relación con las tareas de la construcción se puede mencionar a los **pedreros** y los **albañiles**, quienes se dedicaban a construir —principalmente con piedra— casas, galpones y corrales. Muchas veces su trabajo se complementaba con otros oficios, relacionados con

la construcción de los techos: **cortadores de paja** (responsables de cortar, juntar, *limpiar* y acarrear los mazos desde los pajonales) y **quinchadores** (que podían ser las mismas personas u otras, ya que no todos sabían quinchar).

Los **esquiladores** eran quienes se dedicaban a la zafra de la esquila en primavera. Estos trabajadores recorrían diferentes establecimientos o estancias de la campaña haciendo dicha tarea. Armaban sus *comparsas de esquila* —equipos de entre 8 y 10 personas aproximadamente— cada cual con un rol (agarrar las ovejas, esquilar, separar la lana y embolsar, barrer, cocinar, etc.). La forma de esquilar era principalmente a *martillo*; es decir, a mano con tijeras de esquilar. Se cuenta que antes “habían miles de ovejas” y que la lana “era uno de los rubros más importantes”. La plata de la esquila “daba para el año entero”, a diferencia de ahora, cuando la lana vale muy poco, por lo que muchos optan por enterrarla o quemarla, ya que “se pierde plata (...) no paga la esquila”.

También se recuerda a los **guasqueros** que se dedicaban a la elaboración de piezas de cuero (riendas, lazos, rebenques, bozales y otros tipos de *cuerdas*) para la venta. Por otro lado, algunos peones que conocían la técnica aprovechaban los días de lluvia —en los que no se podían hacer trabajos en el campo— para dedicarse a esta elaboración.

Los **productores agrícolas** eran quienes poseían plantaciones de carácter más extenso que las chacras, en las que predominaba el cultivo de un solo producto que luego era destinado a la venta. Se realizaron cultivos de papa, arroz, y algunas familias llegaron a plantar algodón.



Clemente Rodríguez, Miguel López, vecino, niñas y niños en esquila (1954). Imagen aportada por F. Rodríguez.

Algunos datos interesantes

En especial, se recuerda el auge del cultivo de arroz que se produjo en la década de los 40. En esa época llegó a la zona un alemán llamado Arturo Honch, del cual se decía que era sobreviviente del *Graf Spee*. Honch realizó cultivos de arroz en las costas del arroyo Carpintería y del Tacuarembó Grande, dando trabajo a los habitantes de Paso del Cerro y alrededores. Igual que Honch, entre 1940 y 1960, al menos cuatro o cinco arroceros llegaron al pueblo (algunos provenientes de Brasil). Pasados los años 60, la producción del mismo comenzó a descender en la zona.

Otro cultivo relevante fue la papa, a cuyas plantaciones se les llamaba "páperas". Se recuerda que, en el año 1960, había al menos cuatro productores importantes que "daban trabajo a la gente del pueblo". Si bien con el tiempo fue disminuyendo su producción, continuó siendo un rubro importante hasta las últimas décadas del siglo XX. Las papas de Paso del Cerro se vendían principalmente en Tacuarembó, desde donde llegaban camiones a buscarlas. Algunos productores recordados fueron Casco, Cuadro y Latour (con sus respectivos hijos) y los hermanos Aisa y Viana.

Los oficios del ferrocarril

El tren no solamente fue relevante como medio de transporte y como facilitador de dinámicas sociales, sino que también representó una importante fuente de trabajo hasta mediados de la década de los 80. Dio empleo a trabajadores de cuadrillas, jefes de estación, oficinistas, operadores de vías y a quienes realizaban trabajos indirectos relacionados con las actividades ferroviarias.

Al grupo de funcionarios de AFE que se encargaban del mantenimiento de las vías se les llamaba “cuadrillas”. Las cuadrillas estaban conformadas por un **capataz**, un **cocinero** y los **cuadrilleros** (peones del ferrocarril). Las cuadrillas podían tener entre 20 y 40 personas, generalmente del pueblo. La gente de las cuadrillas pasaba todo el día trabajando en diferentes puntos de la vía férrea, desde las 7:00 de la mañana hasta las 5:00 de la tarde. Por este motivo tenían cocinero o llevaban una vianda de comida lista para el almuerzo. La forma de trasladarse sobre las vías del tren era con unas zorras a motor llamadas “wica” (seguramente en referencia a la compañía británica Wickham que las fabricaba). Después, existió una “zorrita” cerrada con lona y, posteriormente, una cerrada con vidrios. Estas zorras contaban con espacios de parada en ciertos tramos de la vía, para poder salir y darle paso al tren. A la hora de volver a la estación, quienes viajaban en la zorra debían pedir “vía libre” y asegurarse que no venían trenes, subiendo a las columnas del telégrafo y usando un “teléfono móvil” a manija.

Las funciones de la cuadrilla eran armar y mantener las vías (cambiando durmientes y ajustando rieles, por ejemplo), abrir y limpiar canaletas y zanjas (“a pala y pico”), descargar y desparramar pedregullo (también llamado “chilenas”). Además, cuando se producían incendios en el campo o en el monte, la cuadrilla apagaba el fuego próximo a las vías golpeando las llamas con ramas verdes, ya que el agua era imposible de acarrear.

El ***jefe de estación*** se encargaba de la operativa general y de la venta de boletos. Esto último a veces lo hacían también los **telegrafistas**, quienes venían de otros lugares a hacer relevos (por lo que solían tener una *piecita* o *casita* asignada en la estación).

Hombres y mujeres del comercio

El comercio estuvo muy relacionado con el ferrocarril, que traía tanto la mercadería como los clientes. Los comercios más comunes de la época eran almacenes, carnicerías y bares que, en algunos casos, se encontraban centralizados en un mismo local: “eran completos”. A su vez, los locales de Paso del Cerro estaban muy bien surtidos de productos y se podía conseguir casi todo lo que demandaba el pueblo.

En la memoria queda registro de varios *almaceneros* que tuvieron comercios en diferentes épocas del siglo XX: el Moro Mello tuvo un almacén entre los años 1940 y 1950 aproximadamente. También se recuerda el local de Chico Artigas y el almacén de ramos generales que pertenecía a un “turco”, llamado Enrique Saat. Algunos almacenes están relacionados con el surgimiento de peluquerías, tiendas y diferentes espacios donde los vecinos se juntaban a charlar, jugar al billar, tomar algo y tocar la guitarra.

Por su parte, los *carniceros y carniceras* se encargaban de todas las tareas: faenaban, trozaban la carne y la vendían. Una de las carnicerías más presentes en el recuerdo es la de “Felico” Mello, que se encontraba “en la casa de la esquina del Paso a Nivel” Al parecer, funcionó desde la década del 20 hasta la del 50. Así como este local, se recuerdan muchos otros que funcionaron en diferentes épocas del siglo XX. Este tipo de comercios, por lo general eran atendidos y llevados adelante por sus propios dueños, que podían ser tanto hombres como mujeres. Entre las mujeres carniceras se recuerda a Elisa Echebarría, Elvia Pereyra Núñez y Elma Machado.

Entre balseros y lavanderas

Más allá de los trabajos relacionados al campo, al ferrocarril o al comercio, existían una diversidad de oficios que reflejaban los modos de vida del pueblo. Algunos han desaparecido y otros se mantienen con algunos cambios.

El *paso* sobre el Río Tacuarembó debía ser cruzado con personas o cargas. Cuando no existía el puente, antes de la década del 20 del siglo XX, este trabajo era llevado adelante por el **balsero**, quien transportaba a la gente de un lado para el otro en una balsa.

Una vez que se hizo el puente sobre dicho río, el **puentero** pasó a ser el encargado de mantenerlo y cuidarlo. Por ejemplo, cuando había crecientes era quien se encargaba de subir y bajar la baranda para que la corriente no afectara la estructura. Con el correr de los años, fueron cambiando los puenteros. Aún está en el lugar la casilla donde se instalaban para hacer su trabajo. Uno de ellos tenía su casa al lado del puente. Esta construcción, que aún existe, tiene como caracterís-



Puentero Laudelino López e hijo (s.f.).
Imagen aportada por F. Rodríguez.

Algunos datos interesantes

- La balsa que se utilizaba era de madera. Para moverla se usaba una rondana con un alambre, cinchada “a fuerza” por el balsero.
- El balsero “no tenía horario”, estaba pendiente todo el día por si alguien necesitaba cruzar, quedando libre solamente en la noche porque “nadie iba a pasar”. Quienes utilizaban sus servicios le dejaban “una propina” o “algo para la comida”.

tica llamativa que su aljibe se llena cuando sube el agua del río.

Por su parte, las **lavanderas** eran mujeres que se dedicaban al lavado de ropa (generalmente en el arroyo, en zanjas o en cachimbas) y cobraban “por bolsas”. Su servicio se utilizaba principalmente cuando en los hogares no había tiempo de lavar o no podían hacerlo por alguna razón. Las lavanderas pro-



Plancha para ropa (2023)
Foto: M. Olivera.



Rociador para planchar ropa (2023).
Foto: M. Olivera.

ducían su propio jabón con sebo y soda cáustica, o usaban el *carurú* (una planta que al mojarla produce un líquido jabonoso). Para blanquear la ropa, la ponían húmeda al sol y la iban rociando con agua para que no se secara, después la volvían a *aguar* y quedaba ¡*blanquísima*! Finalmente, para planchar, se usaba un planchón con brasas o *planchitas* de hierro que se calentaban en la cocina a leña. Algunas lavanderas recordadas fueron: Feliciana Nuñez (quien lavaba en un tacho, sacando agua de una cachimba y tendiendo la ropa en los alambrados que había allí mismo), Uve Olivera y Octavia Baldevieso.

Otro oficio llevado adelante, específicamente por mujeres, eran los **trabajos en casas de familia**. Las empleadas vivían en la “casa de los patrones” y desempeñaban una gran cantidad de tareas. Hacían limpieza,

cuidado de niños y lo que fuera necesario. Muchas veces trabajaban “todo el día”.

Otro trabajo a destacar es el de las **cocineras de escuela**, mujeres que muchas veces llegaban a ser consideradas “como madres” por su forma de tratar y cuidar a los niños. Sus labores principales eran la elaboración de comida —para escolares y maestras— y la limpieza de la escuela. El pago a veces era realizado por “Primaria” y otras veces por la propia Comisión Fomento.

Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, algunas personas que tenían *carros o carretas* se dedicaban a trasladar gente y mercaderías. Se les llamaba **ca-**

rreros o carreteros. Comenzaron por transportar materiales desde la estación de tren de Paso del Cerro a Cuñapirú y las minas de oro y, posteriormente, —cuando las minas dejaron de funcionar— continuaron ofreciendo sus servicios a los pobladores. Por esta razón, en torno a los años 1960, el *taxi* del pueblo era una carreta tirada por bueyes. Algunos carreros fueron Eusebio Paz, “Don Pito” Moraes, quien trasladaba a la gente que viajaba en el tren y distribuía mercadería a los almacenes, y Cáceres, que los domingos por la mañana llevaba familias a las carreras de caballos o pencas.

Los **carpinteros** hacían desde muebles hasta portones. Muchas veces este oficio “se heredaba” de padres a hijos o se compartía con otros

“Yo y mi hermana fuimos juntas (...) Yo iba con mis patrones. Llegamos de noche. (Era) un amigo de mi padre que precisaba una empleada allá. Nosotras no sabíamos lo que nos esperaba, salir de la casa, que no sabíamos nada de afuera. Vivíamos en un rancho de terrón, no sabíamos nada. Cuando llegamos a Montevideo, la mujer nos enseñó todo, a la manera de ellos, nos tuvo que enseñar todo. Por lo menos no había que cocinar. Era una tremenda casa de dos pisos, con dos niños. Vivíamos ahí, trabajábamos todo el día (...) Si salíamos con ellos, yo tenía que ir de delantal, para que se notara que era la sirvienta. Los días libres salíamos con mi hermana. Los patrones de ella eran buenísimos. Yo me iba a la casa de la patrona de mi hermana (...) Esa era la realidad de Montevideo: ¡difícil!”

Algunos datos interesantes

- Todos los muebles se hacían en el pueblo, nadie iba a comprarlos afuera, salvo “*alguno muy pudiente*”.
- La pinotea era otra madera usada por los carpinteros (venía de Brasil y no servía para leña debido a su fuerte olor). Con madera de ceibo se hacían bancos y bateas para las carneadas, el charque y la elaboración de queso.

hermanos, razón por la que se recuerda, por ejemplo, a “los Manzoni”. Generalmente, estos trabajos se realizaban con madera rústica, siendo el laurel negro uno de los materiales más comunes. La madera utilizada venía de los montes cercanos —pertenecientes a la zona fronteriza— o bien, para las casas más “pudientes” se traía de Brasil.

Los **herreros** fabricaban y arreglaban herramientas de trabajo y múltiples objetos de la vida cotidiana, por lo que la herrería era un oficio muy valorado. Hacían rejas de arados, ruedas de carros y carretas —hechas de lapacho y llanta de hierro—, *máquinas* y llaves de alambrar, palas y otras herramientas. Algunas veces era un oficio aprendido por los hijos que, al igual que sucedía en el caso de los carpinteros, luego seguían con las labores de los padres.

Se recuerda que en el pueblo hubo algún **panadero**, aunque este era un oficio menos común. Una panadería que trabajó durante muchos años —desde los años 20 hasta la década del 40, aproximadamente— fue la de Carlos Prato. Años más tarde, algunas mujeres hacían panes caseros para vender. Una de ellas fué María Gomez, quien tenía un horno de barro en su casa.

Otra labor era la de hacer carbón, el cual era usado para braseros, como fuente de calor, para cocinar o para las fraguas de los herreros. Los **carboneros** trabajaban “a monte”. Cortaban leña y hacían una gran parva que, posteriormente, se revestía con barro o terrón y se quemaba a fuego lento para obtener el carbón. Este era vendido localmente o en la ciudad de Tacuarembó.

Algunos datos interesantes

- Algunos poceros buscaban el agua con una vara de mimbre en forma de horqueta, identificando el lugar donde había agua porque estas se *doblaban* apuntando al suelo. Otros hacían este procedimiento con un alambre.
- Para *medir* la profundidad a la que estaba el agua observaban la distancia en la que la vara empezaba a *perder la fuerza*, es decir: desde el punto en el que se doblaba al punto en el que ya no lo hacía —esa era la distancia a la cual se encontraba el agua bajo la tierra—.

Los **poceros** eran personas que buscaban agua y/o hacían los pozos de dónde luego se abastecían los hogares.

También eran producidos en el pueblo los ladrillos, con los que se construían algunas de las casas. Quiénes los fabricaban eran llamados **ladrilleros** y se encargaban de todo el proceso. Primeramente, había que elaborar una especie de adobe con barro, pasto y *abono* de caballo. Para ello se usaban caballos, que pisaban el barro hasta que quedaba suave. Luego, se elegía un espacio plano y con tierra seca para armar los ladrillos. Para el armado se rellenaban hormas de dos casilleros, se desmontaban y con un cuchillo se *aprolijaban* sacando el “rebarbe”. Posteriormente se ponían “paraditos en la cancha”. Cuando se secaban de un lado, se daban vuelta para que se secaran del otro. Finalmente, después de unos días, cuando el ladrillo “estaba seco, lo

Carlos de los Santos, “el Aire”, uno de los guardahilos de oficio.

“Hombre simpático, de diálogo fluido y atento, en el centro mismo del pueblo tenía establecido su hogar. Carlos de los Santos era su nombre, pero el “Aire” se hacía llamar. Su trabajo era el de cuidar las líneas del telégrafo de la localidad. El mismo consistía en observar y mantener en condiciones óptimas las líneas de hilos, columnas y tazas del tramo ubicado entre la localidad de Paso del Cerro, pasando por Bañado de Rocha, y llegando hasta el empalme con la ruta nacional número 5, en donde se encontraba la bajada principal de las conexiones del telégrafo para estas localidades.”

(Texto de Juan R. Prieto, “Tango”)

apilaban y hacían el horno”, para *echarle el fuego* y terminar de secarlos. Este era el último paso en el proceso del ladrillo (similar al quemado de carbón); tardaba unos 4 o 5 días y se llamaba “cocinar” el adobe.

El **guardahilos**, por su parte, era la persona encargada de mantener en buenas condiciones el tendido del telégrafo que iba al costado de la vía —motivo por el cual recibían dicha denominación—, pero también manejaban las señales para los trenes (con un farol), hacían los cambios de vía, bombeaban agua hacia el tanque de la estación y, en ocasiones, atendían la descarga de los vagones. En Paso del Cerro aún se mantienen en la memoria las imágenes de algunos guardahilos a caballo, bombeando agua o acarreando las columnas para el tendido.

Las comidas de antes (1940 a 1970)

La cultura culinaria de Paso del Cerro —entre 1940 y 1970— se caracterizaba por la diversidad de recetas locales y, también, por las formas de cocinar, conservar y de tomar los alimentos. En esa época, generalmente, “se hacía la comida en el suelo”, en fogones a leña que podían ser armados tanto adentro como afuera de la casa. Había quienes utilizaban *cocinas a leña* u *hornos de barro*, generalmente armados afuera de las casas y en los que se preparaba el pan. Cuando la gente estaba trabajando en el campo se cocinaba en el fogón y, en algunos casos, en un hueco que se preparaba en la tierra.



Cocinas (2022). Foto: IMEDE



Cocina a leña (2022)
Foto: IMEDE

al horno con maíz catete, azúcar y grasa de cerdo). Para las personas adultas, lo primero era el mate amargo y, más avanzada la mañana, dependiendo de las actividades del día, se consumía café, acompañado con lo que hubiera en el momento. Al medio día se cocinaba en abundancia, ya que —tal como se ha comentado con anterioridad— las familias eran numerosas, por lo que se preparaban grandes ollas de ensopado, porotada, polenta, mazamorra salada u otras preparaciones similares. Para la noche se debía cocinar nuevamente, labor que comenzaba con bastante antelación, para poder cenar al oscurecer.

Aún hoy se utiliza la cocina a leña en muchas casas de Paso del Cerro. “Las cosas no salen igual en cocinas modernas. Toda la comida queda más rica en las cocinas de leña que en las de gas”.

En el caso de los niños y niñas, la primera comida del día era el “café de la mañana”, con boniato cocido o frito, choclo hervido, pan case-ro, galleta o “rascabuche” (hecho

Las preparaciones de antes eran “igual que ahora, pero más livianas. No se ponía tanta cosa como ahora”.

“En unos años mi madre esperaba con una olla más o menos de 20 litros de comida y de aquella olla no quedaba ni un fideo. Nosotros éramos cuatro niños escolares más los otros mayores. Éramos 12 y siempre había alguno de afuera que mi mamá, mi padre llevaba (...) ¡Una olla volaba!”

“Comíamos comida de pobre no más (...) Sí, comidas como arroz, guiso, ensopados.”



Utensilios de cocina (2022)
Fotos: IMEDE.

Como no había heladeras la mayor parte de la comida se consumía en el día. Para conservar alimentos se preparaba charque, mermeladas, quesos, embutidos y orejones de frutas. La leche, por ejemplo, era hervida, colocada en botellas y luego colgada con una piola en el pozo —sin que llegara a tocar el agua— para que se mantuviera por más tiempo.

En invierno se faenaba un chanco bien gordo, con ayuda de los vecinos y vecinas. Se hacía tocino, charque, chorizo, queso de cabeza, butifarras y morcilla. Esta tarea se hacía en invierno para tener alimentos durante los meses de frío y, también, para aprovechar la época menos calurosa para el manejo y conservación de la carne.

Las ollas eran principalmente de fierro. Las de tres patas se usaban para cocinar en el suelo, en fogón a leña, y las planas para las cocinas

de fierro. La comida se servía en platos y tazas esmaltadas. Se recuerda que, con el uso, el esmalte se gastaba y las tazas tenían “gusto a lata”. Los mates eran de “porongo”, de porcelana o de vidrio y las yerberas o azucareros, que acompañaban el mate, generalmente, eran esmaltados.

Conservación de alimentos

Se han registrado diversas comidas “de antes” relacionadas con la conservación de alimentos. Si bien algunas se continúan haciendo, su forma de elaboración ha cambiado bastante.

Morcilla: es un embutido hecho a base de sangre —producto de las carneadas— principalmente de chanco. Además de una forma de conservación, era también una manera de aprovechar todo lo que ofrecía el animal faenado. La sangre era condimentada con pimienta negra molida, pasas de uva, azúcar, un poquito de sal y a veces se le ponía arroz crudo. Este relleno se colocaba dentro de tripas de cerdo, también obtenidas de las carneadas y previamente lavadas y dejadas por la noche con naranja amarga y orégano —para sacarles el olor—. Para rellenar las tripas se usaba un cucharón y máquinas de picar carne o un embudo de guampa. Luego se cocinaban las morcillas en agua y se las colgaba. Después de varios días ya se podían comer —previamente calentadas—.

Charque: “el charque se hacía en casa con sal gruesa”. Se salaba la carne —de oveja o de vaca— en “bateones” grandes (hechos de madera de ceibo o laurel negro) y luego se colgaba para secar. El secado se hacía al sol, en fiambreras de madera y tejido mosquitero, en los alambrados del terreno o “*no varal do charque*” (“tendedero del charque”) hecho con alambre. Había que cuidar la carne de la lluvia y el sereno para que no se echara a perder. Para eso, se la entraba todas las tardes y se la volvía a sacar al día siguiente. Con el charque se podían preparar distintas comidas. Actualmente hay heladeras y no existe tanta necesidad de hacerlo, cuando se prepara “es por un gusto”.

Del cuajo al queso: el queso se preparaba en muchas casas, principalmente en verano, cuando “había leche que sobraba”, a diferencia del invierno que “escasea la leche en campaña”. Su elaboración no era sencilla y llevaba tiempo. Para comenzar había que obtener el cuajo,

que luego permitiría la coagulación de la leche. Este producto se sacaba principalmente de ovejas o de mulitas faenadas. Se dice que del cuajo de mulita se obtenía un mejor producto, pero “no todos tenían una mulita para hacerlo”, por lo que era más común extraerlo de las ovejas.

La forma de preparar el cuajo era la siguiente: lo “sacaban de la oveja, lo limpiaban, lo ponían en sal” y lo dejaban secar. Luego “lo cortaban bien cortadito, y lo ponían en una botella” con agua o suero y más sal. Una vez que estaba listo “se lo usaba varias veces” para cuajar leche y preparar quesos.

Los orejones: eran frutas que se deshidrataban mediante el secado al sol. Se hacían, generalmente, con duraznos, pero también podían elaborarse con manzanas, ciruelas, peras o uvas. Luego de ello, los orejones se podían usar todo el año y prepararlos como postre con agua, azúcar y arroz, a modo de compota.

Dulces y mermeladas: se preparaban dulces en almíbar “de lo que había”, principalmente de boniato, zapallo, higo y naranja. Las mermeladas se hacían con membrillo, durazno o tomate. También se hacían dulces de leche y de maní (el cual quedaba como una *rapadura*).

Comidas de olla o platos calientes

Pirón para acompañar el puchero: el *pirón* es un tipo de acompañamiento a base de *farinha* de mandioca que se hacía con el caldo del puchero. Para elaborarlo, primeramente, se separa el caldo del puchero (mientras está bien caliente) y se adiciona la *farinha* despacio, sin de-

“Entonces después ponían (el pirón), como se ponía un arroz blanco. Se comía con cuchara. Era un alimento bárbaro, y rico, porque era riquísimo.”



Pirón y puchero (2022)
Foto: IMEDE.

jar que *engrume*. Una vez que la mezcla toma consistencia de crema o puré, se puede agregar queso, cebolla verde o perejil. El pirón sirve para acompañar cualquier tipo de carne, pero se come especialmente con los pucheros “bien cocidos”.

casera también era muy tradicional, sobre todo para las personas que estaban enfermas, engripadas o para las mujeres después del parto.

Olla criolla: la *olla criolla* es la preparación de poroto o *porotada*. Se prepara en fuego a leña y, muchas veces, se hacía y se hace para *beneficios* o comidas colectivas.

Los guisos: era muy habitual la preparación de guisos de diferentes tipos. En los recuerdos se destacaron cuatro de ellos, bastante dife-

Caldo de pollo: el caldo de pollo o de gallina

Ingredientes para una olla criolla
(para 50 o 60 personas)

1 litro de aceite, 3 kilos de cebolla, 2 kilos de morrón, 3 kilos de zanahoria, una bolsa de boniatos, una bolsa de zapallos, 4 kilos de chorizos, 8 kilos de carne vacuna, 8 kilos de porotos, sal y condimento a gusto. También se le puede poner carne y cueritos de cerdo.



Guiso (2022)
Foto: IMEDE.

rentes a los que se conocen hoy en día: de charque, de pata, de mondongo y de sangre.

Guiso de charque: era muy tradicional y se preparaba con la carne salada de vaca o de oveja. Además del charque, llevaba arroz y “*todo lo de la chacra*” (zapallo, boniato, choclo, porotos, etc.).

Guiso de pata: se preparaba primeramente la pata del animal faenado, sacándole el casco o pezuña y se la *pelaba* (quitándole el pelo con agua caliente). Luego se golpeaba la pata para quitarle la gelatina (con la que se podía hacer jalea), y con lo que quedaba se hacía el guiso.

Guiso de mondongo: con el mondongo, sobre todo de oveja, se hacían *guisitos* en que el mondongo sustituía otras carnes.

Guiso de sangre: la sangre era cocinada y luego le agregaban “*farinha*” de mandioca o arroz. Nuevamente debía ser hervido hasta quedar cocido y se podía consumir en su versión dulce o salada.

“Y yo extraño las comidas de mi madre, los guisitos de arroz con poroto de la quinta que mi madre plantaba (...) quinta que era como tipo chacrita, pero allí tenía de todo. Y ella preparaba sus guisitos con porotos, con todas las verduras que ella plantaba.”

“Cosas dulces”

Dulce de sangre y dulce de huevo: el dulce de sangre era una elaboración similar a la morcilla, mientras que el dulce de huevo llevaba queso en su elaboración. Con ambos dulces se acostumbraba rellenar pasteles para las yerras. Si bien estos dulces quedaron en las memorias, no se registraron recuerdos sobre la forma de prepararlos.

Manicete: se preparaba con maní y azúcar. Para obtenerlo había que moler los granos de maní tostado o seco en un mortero o molino, “a manija”, hasta que soltara su aceite. Luego se agregaba azúcar y se llevaba al fuego revolviendo. Por último, la mezcla se colocaba en un armazón o molde y, al final, se fraccionaba.

Del maíz a la mazamorra: la mazamorra se obtiene del maíz, y con ella se pueden hacer postres con azúcar y agua, leche o vino.

Para hacer mazamorra había que desgranar maíz criollo, aventarlo y, después, colocarlo en un mortero con agua caliente y chala para facilitar el desprendimiento de la cáscara que reviste el grano. Cuando el mortero estaba lleno de afrecho, se volvía a aventar, “socar”, quebrar y lavar con “dos o tres aguas” hasta que el grano quedaba *blandito*. Una vez terminado todo este proceso, estaba lista la mazamorra para ser usada en elaboraciones tanto dulces como saladas.



Mazamorra, en este caso su variante salada (2022). Foto: IMEDE

Algunos datos interesantes

- También se podía preparar mazamorra de trigo.
- Con la mazamorra se hacen, además, guisos.
- Otra variable —en este caso salada— es la mazamorra con poroto. Se cocinaba el maíz aparte del poroto, se freía la carne con todos los ingredientes deseados “y después se juntaba todo”.

Leche, azúcar y ...

La leche acompañaba muchas de las comidas de antes en campaña. Generalmente se la mezclaba con algún otro alimento y azúcar. En este sentido se puede mencionar la **leche con farinha de mandioca** (la cual quedaba como una crema espesa), **leche con galleta y azúcar** (a esto se le llamaba “*sopa de galleta*”) y la **leche con polenta, zapallo o boniato** (en algunas familias, todos los días se cocinaban zapallos o boniatos para comer después del almuerzo o la cena).



Zapallos al horno que luego podían ser acompañados con azúcar y leche (2022).
Foto: IMEDE.

El mate: “una comida más del día”

El *mate de las cinco* era considerado una comida más del día, “porque era como un alimento, era una merienda.” Casi siempre se acompañaba con panes, tortas, quesos, bizcochos. Una variante del mate tradicional era el que se preparaba con leche y/o cedrón y naranja.

Era una costumbre más común entre las mujeres de la familia y no tanto entre los hombres (que a esa hora aún no habían regresado a la casa). Mientras tomaban mate, las mujeres organizaban sus actividades semanales, charlaban y se encaminaban a realizar las últimas tareas de la tarde.

“Yo empecé a los 12. Tuve que pedir para tomar mate. Pedí para mi madre, y me dijo que tenía que pedir para mi padre para tomar mate (...) Y (él) me dejó tomar.”

“El mate de la tarde, el dulce, era sagrado (...) Se bañaban y todo, ¿no? Se preparaban para tomar el mate dulce de la tarde.”

Algunos datos interesantes

- Quienes tomaban mate eran los adultos, ya fuera en la mañana, en la tarde o en la noche. Casi siempre había un hijo o hija de los mayores que se levantaba antes para prender el fuego y prepararlo para cuando se levantarán los padres.
- El mate era considerado una costumbre de los adultos. La edad para comenzar a tomar mate era, aproximadamente, los 12 años. El padre o la madre, individualmente, podían compartir el mate con los hijos que comenzaban a tomarlo, pero cuando ambos tomaban mate juntos no convidaban a los menores.

El portuñol o *carimbao* y las formas de hablar

En Paso del Cerro, al igual que en otras localidades de la región — próximas a la frontera con Brasil— se habla en español y, también, en portuñol o *carimbao*. Al portuñol se le considera una forma mixta de hablar, con base en el portugués y fuerte influencia del español, con palabras híbridas que no se dan en ninguno de los idiomas²². En Paso del Cerro se denomina *carimbao* a la variante propia de la zona.

Esta lengua o “forma de hablar” se utiliza, sobre todo, en familia, en momentos de confianza, o con personas muy cercanas. Al hablar con personas que no son del pueblo se utiliza únicamente el español: “es automático, ni se piensa”, y en caso de usar palabras en portugués o *carimbao*, se procede enseguida a traducir.

Antes había más gente que hablaba *carimbao*, pero cada vez se utiliza menos. Si bien hay familias donde aún predomina esta lengua, actualmente la mayoría de habitantes de Paso del Cerro hablan solamente español. Las razones de esta pérdida son varias. Una de ellas es que, usualmente, se evita su uso en ámbitos institucionales (como la escuela

22 Bertolotti, V., & Coll, M. (2014). Retrato lingüístico del Uruguay: Un enfoque histórico sobre las lenguas en la región. Ediciones Universitarias (Unidad de Comunicación de la Universidad de la República-Ucur).

“A mí me parecía que era una vergüenza hablar en carimbao.”

“Era de campaña, si vas a la ciudad, ¡cómo vas a hablar así!”

“La mayoría hablaba el portuñol, mi gente toda sabía. En mi casa, mi padre sabía portuñol y hablaba, pero mi madre no. Ella nos hacía hablar en español (...) Nos decía: hay que hablar así. Y ¡ta!, nos criamos en esa, y todos sabemos más o menos...”

“Mi hijo, el mayor, yo pasé trabajo en la escuela un tiempo, cuando él empezó a ir al jardín. Porque nosotros íbamos a la casa de los abuelos en Cañas y ellos hablaban así, en carimbao, portuñol, ese así... Y el padre también, esa entre-verada. (En la televisión) miraba todo, los dibujitos, porque teníamos parabólica brasileira, y él era una pasión... Y un día la maestra me dijo... me llamó para que nosotros lo ayudáramos a no hablar así.”

“Hasta hace poco hubo problemas acá, la jueza quería sacar todas las parabólicas brasileiras, porque los gurises todos hablaban así.”

Frases de diálogos en carimbao	Traducción al español	Palabras
- ¿Oy vizinha, como pasó?	- Hola vecina ¿cómo pasó?	Bolaya → Galleta
- ¿Como e que vai?	- ¿Cómo estás? /	Cavalo → Caballo
- ¿En que tu veio/ vieste?	¿Cómo anda?	Faca → cuchillo
-Eu vo ali a busca una basora.	- ¿En qué viniste?	Panela → Olla
-A benza pai (mai, abo, etc.).	- Yo voy allí a buscar una escoba.	Chalera → Caldera
	- La bendición (dirigi- do al padre, madre, abuela, etc.)	Gado → Ganado
		Cachorro → Perro
		Cadeira → Silla

o las oficinas públicas). Otro motivo es que los pobladores más jóvenes —si bien lo entienden— por lo general no lo hablan. Y la causa principal (de la cual seguramente surgen el resto de motivos) es que antes se consideraba que hablar portuñol era *hablar mal*.

Algunos datos interesantes

- **Sobre “a benza” o bendición:** era como un saludo que se decía como señal de respeto a las personas mayores (padre, madre, abuelos y demás). Se le pedía a la persona su bendición. En español a veces se decía “santito” como sinónimo de “benza”.
- **Sobre la escritura del *carimbao*:** muchas veces hay dudas sobre cómo se escriben las palabras, pero las personas autoras de este libro hemos tomado la opción de que “en carimbao se escribe como se dice”.
- **Diferencias con otras formas fronterizas de hablar:** el portuñol de Rivera “es bien distinto”, “nada que ver”, “es diferente el entrevero”, pero “da para entender algunas cosas”. Se resalta que “una cosa es el portugués, otra es el portuñol de Rivera y otra es el *carimbao* de Paso del Cerro”. Se dice que este último es diferente porque las palabras que se usan son menos “cerradas”.

De todas maneras, el *carimbao* sigue siendo una lengua de uso común en rezos y prácticas tradicionales. Un ejemplo de ello son las oraciones de presentación de los niños y niñas recién nacidos a la Luna, que pueden ser expresadas en español o en portuñol. Otro caso, es cuando se hacen “beneduras” o “simpatías”, para curar dolencias, enfermedades o molestias. Por ejemplo, una oración para quitar el hipo es: “*hipo vai, hipo vem, hipo vai para quem não o tem*”, (“hipo va, hipo viene, hipo va para quién no lo tiene”). Para cortar la tormenta se dice: “*que venha chuva e se vaya u vento, que venha chuva e se vaya u vento, en el nombre de Deus, e a Virgem Maria, Amén*” (“que venga la lluvia y se vaya el viento, que venga la lluvia y se vaya el viento, en el nombre de Dios y de la Virgen María, Amén”). Y así, existen muchos otros casos en los cuales tradicionalmente se usa el *carimbao*.

Fiestas y celebraciones (diferentes épocas del siglo XX)

Algunos eventos sociales populares de Paso del Cerro han sido los festejos de bautismos, casamientos, cumpleaños, carreras, yerras, inauguraciones y campeonatos de fútbol. Muchas de estas celebraciones eran acompañadas y “entretenidas” por la música y el baile.

Los bailes

Entre los años 1950 y 1960, los bailes organizados en la escuela se consideraban grandes sucesos a los que asistía gente de toda la zona. Eran organizados por una comisión, se cobraba entrada y se ofrecía servicio de cantina. Hoy en día se recuerda que los repartidores de cerveza Norteña traían las bebidas y, en ocasiones, las mesas



Fiesta familiar bajo las parras (s.f.).
Imágenes aportadas por A. Rosas.

y sillas para el evento. Otras veces eran los propios vecinos quienes las prestaban. Los bailes comenzaban en la tardecita y “se bailaba toda la noche” con la música de las orquestas que llegaban en el tren.

Hasta 1994 no llegó la luz eléctrica a Paso del Cerro. En los bailes se utilizaban faroles de keroseno para la iluminación. Luego surgieron los faroles que funcionaban con garrafas a gas de 3 o de 13 kilos. En la década de los 80, aparecieron grupos electrógenos (motores a combustible) traídos por las bandas u orquestas. Un detalle es que, en los bailes y fiestas iluminados con faroles, había un “farolero” que durante toda la noche reponía el keroseno y controlaba que no se apagaran.

La música era de orquesta con bandoneón, tamboril, guitarra, acordeón y batería. Se bailaba tango, milonga, rancheras y marchas. La ma-

yoría de las orquestas llegaban de Tacuarembó. Algunos nombres de estas eran “La Típica” y “La Yas”. Se recuerda que una señora del pueblo llamada Alba Leites cantaba en una de ellas.

Muchas veces se realizaban competencias o concursos de baile, por ejemplo de tango, con presencia de jurado. Otra costumbre que se volvió popular era la realización de bailes en algunos hogares familiares. Por ejemplo, entre 1960 y 1970, los bailes de la casa de Alberto Soto eran muy concurridos, se cobraba entrada y contaban con músicos contratados.

Por su parte, las fiestas de casamiento, cumpleaños y festejos



Hombres y guitarra (1938).
Imagen aportada por M. Rodríguez.

“Con la curuya nadie me baila”

Entre los años 60 o 70, cuando se hacían bailes en casas de familias, en ocasiones, se *terminaba la luz de los faroles* y había que recurrir a la luz de una lamparita de keroseno a la que se le llamaba “curuya”. Como la *curuyita* daba poca luz, la dueña de casa suspendía el baile hasta que pudieran reponerse los faroles. De esta manera se quería evitar que los jóvenes se “hicieran caritas” o que los gurises le dieran “besos a gurisas”. Por ello se recuerda una señora que decía: “*con curuya nadie me baila*”.

“Bailando en el puente”

Cuando se construyó el puente del Río Tacuarembó se hizo un baile de inauguración con banda musical. Ese día la pista de baile fue el propio puente. Se cuenta que, como novedad, se repartió dulce de membrillo a la concurrencia.

similares, se podían hacer también en la escuela, pero generalmente se celebraban en casas de familia. A estos festejos, que incluían una cena, se acudía con invitación.

Así como llegaba gente de otros lugares a Paso del Cerro, cuando había bailes en Laureles, Bañado de Rocha, La Tercera de Rivera o en otras localidades, los vecinos y vecinas del pueblo allá iban. Acudían en tren, a caballo, en la parte trasera de camiones o, incluso, caminando por la vía. Los bailes eran eventos de encuentro y diversión, a los cuales asistían las familias y, también, espacios para que hombres y mujeres jóvenes se conocieran y “se enamoraran”.

“Me invitaron acá para salir en el camión, porque íbamos a bailar de pareja. Y supuestamente era aquella ilusión de tener novio, no sé... y ¡pá! feliz de la vida, ilusionada para ir allá, a Paso del Medio. Bailé dos piezas, si es mucho, con el muchacho, que era de acá. Pero había ido otra de acá y ¡quedé sin novio allá!, en el baile no más. Y (ella) se casó con él. Y después, allá fue que hace casi 30 años, pesqué un paquete de allá (su pareja).”

“Nosotros íbamos a caballo a los bailes en la (escuela) 85. Organizábamos conseguir caballo, ensillar y alguien que se hiciera responsable de los caballos allá (...) Y ¡empezó a llover! ¿Y después? ¿Pa’ venir con todos los pasos altos? Los pasos no daban paso... Y allá esperamos, en la escuela, que diera paso.”

Las “serenatas”

La “serenata” era un festejo *sorpresa* que se hacía, en ocasión de un cumpleaños o de una celebración especial, y que se mantuvo hasta los años 50 aproximadamente. Un grupo de vecinos y vecinas acudía a cantarle con instrumentos a la persona homenajeada, llevando —como regalo para la fiesta— comida preparada con un animal carneado, el cual era propiedad del mismo agasajado.

Se trataba de hacer lo siguiente: mientras algunos vecinos entretenían o distraían al hombre o mujer protagonista, otros le “robaban” un animal (por lo general el más gordo), con el que preparaban la comida de la fiesta. La hazaña de carnear el animal normalmente se hacía a mediodía o por la noche: “enseguida que veían que se acostaban” y “siempre había una campana (...) alguien cuidando para avisar a los que estaban escondidos”.

Cuando llegaba el momento señalado, la gente se dirigía a la casa de la persona cumpleañera, en silencio, con faroles y con acordeón o guitarra. Llevaban los alimentos y, en una bandeja, la cabeza del animal faenado, con su marca y la señal de la oreja, para que se diera cuenta

“La vuelta que íbamos a hacer una serenata, se robaba una vaquillona, se asaba y todo, y después se llevaba: la cabeza, la señal, la marca... Y él (el homenajeado) no sé por dónde se enteró y se enojó. Y (alguien) fue y dijo: «vayan votando o violín de voces em bolsa que o home descubriu» («vayan poniendo el violín de ustedes en bolsa que el hombre descubrió»). Claro, es decir, que dejaran todo quieto. Y todavía decía: «y costurem bem o fundo da bolsa que no vayan a perder» («y cosan bien el fondo de la bolsa que no lo vayan a perder»).”

“Pero la mayoría se reía (...) porque me acuerdo que allá arriba planificaron la robada del ternero y él (el homenajeado), no sé por dónde, descubrió. Sé que cuando vinieron, él ya tenía todo pronto y los esperó, y ¡aquello fue una farra! Porque el plan era presentarle, y la fiesta iba a ser otro día. Pero ese día que le presentaron ya (sabía) y empezaron a festejar también, tranquilamente. Ellos querían darle una sorpresa y al final ¡él les dió la sorpresa!”

de que era suyo. Cuando sonaban los instrumentos de la serenata, comenzaba la fiesta y el baile. La mayoría de las veces las serenatas eran muy bien recibidas pero, en alguna ocasión, hubo quien se tomó mal el robo del animal. Se dice que por esta razón, con el tiempo, se perdieron las serenatas.

Celebraciones actuales

Hay quienes consideran que, actualmente, en Paso del Cerro “la gente se olvidó de bailar”, porque se hacen menos bailes y festejos. Sin embargo, desde el 2014, se desarrolla la Fiesta del Reencuentro. Comenzó a hacerse para conmemorar el aniversario de la escuela y, posteriormente, se volvió una fiesta popular que se celebra, cada año, en el mes de octubre (excepto en 2020, año en el que no pudo realizarse a causa de la pandemia).

Una comisión, formada por representantes de la escuela y antiguos alumnos y alumnas, se encarga de la organización. El evento cuenta con la participación de casi todo el pueblo y, también, de personas originarias del mismo que llegan desde Montevideo, Rivera y otros puntos del país.

El festejo dura todo el día, incluyendo en el programa un desfile a caballo, actuaciones de grupos de danza y de música, y de la banda de músicos del ejército de Rivera. Se preparan asados, comidas y tortas para repartir entre las personas asistentes. Las últimas Fiestas del Reencuentro terminaron con bailes en el salón de las viviendas de MEVIR.

Más allá de esta celebración, los antiguos bailes en la escuela, las criollas, algunos campeonatos de fútbol y otros festejos dejaron de hacerse, sobre todo, por exigencias burocráticas, protocolos y nuevas normativas. Los vecinos y vecinas consideran que las medidas, por un lado, son correctas; por otro lado, opinan que han dificultado la realización de eventos que propiciaban la diversión y el encuentro comunitario.

Hasta hace pocos años, el fútbol era una práctica social que atraía a gran parte de la población. Había equipos infantiles, femeninos y masculinos. Se organizaban partidos y campeonatos donde los equipos del Paso del Cerro competían con cuadros de Tranqueras, Rivera, Tacuarembó y otros. Actualmente, se organizan algunos partidos de fútbol, principalmente para “beneficios”, con acotada rentabilidad.

Prácticas religiosas (diferentes épocas del siglo XX)

Las prácticas y creencias religiosas, las diversas formas de expresar la espiritualidad, los rituales cotidianos y comunitarios son parte de la identidad y la cultura de las comunidades. En este apartado registramos algunos ejemplos de prácticas que forman parte de la memoria colectiva de Paso del Cerro, y de otras que se mantienen en ciertos entornos familiares y sociales.

Velatorio de la cruz

Hasta los años 90, aproximadamente, cuando una persona fallecía, el velatorio se realizaba en la casa familiar durante 24 horas. Se preparaban alimentos y café para vecinos, vecinas, amistades y parientes que venían, muchas veces, de lejos y a caballo. Posteriormente, los velorios comenzaron a realizarse en el salón de MEVIR y, actualmente (en 2025), existe una sala velatoria en Paso del Cerro.

Para los velorios en los hogares, se preparaba una de las piezas de la casa. Se retiraban cuadros, adornos y objetos, dejando solamente una mesa —sobre la cual se colocaba el cajón— y sillas para quienes asistían. Luego, el cajón era llevado al cementerio o a panteones familiares ubicados en los campos. En los días posteriores al enterramiento, se colocaba una cinta negra en la puerta de la casa, como señal de luto.

Pasados tres meses del fallecimiento, se realizaba el “velatorio de la cruz”. Previamente, se había mandado hacer una cruz con el nombre de la persona difunta. El día del evento, familiares y amistades encendían velas y *velaban* la cruz durante la noche. Después se llevaba al cementerio y se colocaba en el lugar del enterramiento: en la bóveda con portland, o pegada en el frente del nicho.

Quienes recuerdan esta práctica también se preguntaron las razones por las cuales este velatorio se hacía a los tres meses de la muerte: “muchas cosas querías saber y te decían: «no, no sirve hacer eso, no sirve», pero nunca te daban una explicación”. Sí se recuerda que ese era el momento para ir por primera vez al cementerio a visitar la tumba de la persona difunta.

Actualmente, ya no se realiza el velatorio de la Cruz en Paso del Cerro de la misma manera que antes. Todavía existe la costumbre de hacer una cruz, con el nombre del fallecido o fallecida, para llevarla al cementerio a los tres meses de la muerte. Pero son pocas las familias en las que se *vela* la cruz y, en caso de hacerlo, la ceremonia dura solo algunas horas o “la traen derecho al cementerio”.

Celebraciones de la Virgen

Frente al cementerio de Paso del Cerro se encuentra el “Cerro de la Virgen”. Desde arriba se puede ver todo el pueblo, el paisaje del entorno, los cerros chatos de Rivera y los tres cerros de Cuñapirú. Antes denominado “las sierras”, actualmente debe su nombre a la ermita y a la imagen de la Virgen Milagrosa colocadas en lo alto.

La primera imagen, ubicada en el cerro, habría sido traída en el año 1969 por la religiosa argentina Graciela Renar. Fue transportada en barco desde Buenos Aires hasta Colonia y, de ahí, en ómnibus hasta Tacuarembó. El día que Monseñor Gutiérrez Amezttoy trajo la Virgen al pueblo se realizó una misa y una peregrinación, para encaminarla al cerro. Se recuerda que un señor llamado Yamandú, seguido por vecinos y vecinas, la llevó hasta lo alto en una carreta.



Primera imagen de la Virgen de Paso del Cerro (s.f.) aportada por A. Rosas.

Más tarde, en la década de los 80, se colocó la imagen que se encuentra hasta el día de hoy. La gente del pueblo se organizó para construir una capilla. Toda la “gurisada” colaboró, “los mayores ya estaban en la escuela, venían todos a ayudar ahí”, para “subir la arena, el material y el agua” con baldes y damajuanas.

Monseñor Enrique Gutiérrez Amezttoy era quien realizaba las celebraciones en el Cerro de la Virgen, a finales de los años 70 y 80. Además, existía la tradición de ir al cerro, sobre todo, en Viernes Santo. La



Cerro de la Virgen con primera imagen de la Virgen (s.f.)
aportada por A. Rosas

“Antes venía gente de la iglesia, el cura o cuando venían las catequistas, venían las monjas, iban al cerro, hacían procesiones. ¡A mí me encantaban! Todos los años venían las monjas, estaban días ahí: daban catecismo, iban al cementerio y a subir el cerro.”



subida —desde el lado del cementerio— estaba escalonada. Se cuenta que la gente llevaba ofrendas a la Virgen para hacer peticiones o para agradecer favores recibidos. Durante una seca muy grande, que hubo en los años 80, un vecino hizo una promesa: si llovía, iba a llevar agua de la Piedra Agujereada a la Virgen, directo por el camino, en un sombrero de paño. Y así fué. Llovió y, él y su esposa cumplieron lo prometido.

Durante un tiempo la capilla estuvo muy deteriorada. Se había arrancado la cruz y destruido buena parte de la imagen. En 2015, se hizo una colecta para hacer la restauración. Los sacerdotes Wagner Ferreira, Eder Chaves y algunos vecinos trabajaron en las obras para recuperarla. Durante las reparaciones se hizo limpieza quitando tierra, piedras y objetos de las antiguas promesas.

Mucha gente considera a la Virgen del cerro como la protectora de la población. Aún hay personas devotas que rezan a la imagen o le ha-

Algunos datos interesantes

- En Paso del Cerro, los viernes santos era clásico subir al Cerro de la Virgen, juntar marcelas, comer guayabas, orejones y *bacalado* (bacalao). “Cerca de turismo, uno entraba al almacén y ya sabía si había bacalao”.
- Algunas cosas no se podían hacer en Viernes Santo: peinarse, lavarse la cara, gritar, barrer, ordeñar, tomar leche, comer carne, entre otras; “ese día no se hacía nada”.
- Por otro lado, ese día se ponían los santos arriba de una mesa, le prendían velas y cerraban la pieza.
- Había gente que salía a matar una crucera, “para librarse de todos los pecados”, “porque significa el demonio”.
- Las *simpatías* ese día “tenían más poder” se aprovechaba para curar problemas “de pecho” (respiratorios), dolor de muelas, hemorroides y otros males.
- Las personas narradoras se preguntan por el motivo de algunas de estas prácticas: “Nunca entendí, pregunté, pero...”, la gente estaba acostumbrada a que “hacía el fulano, y yo hago también”, pero “no podías preguntar, no te daban explicación”.

cen promesas, pero la devoción no tiene la misma intensidad de antes, cuando se hacían procesiones y la capilla recibía mayor cantidad de visitantes: “antes se creía más”. De todas maneras, para creyentes y no creyentes, el Cerro de la Virgen sigue siendo un paseo popular y un lugar representativo del pueblo.

Iglesias en Paso del Cerro

En Paso del Cerro hay dos capillas: “la grande” y “la chica”. La “chica” fue construida en 1940, aproximadamente, por “una familia que tenían un botija muy enfermito... estaba desahuciado. Entonces como creían en ese santo (San Francisco Javier), compraron ahí y hicieron una promesa: que si se salvaba, si el santo ese lo salvaba a la criatura, hacían la capilla. Y fué la primera que hicieron. Era mi abuela que contaba eso.” El edificio de la capilla “chica” ahora se utiliza como local de reuniones y otras actividades. La capilla grande se hizo en torno a los años 70.

Entre 1986 y 1992, aproximadamente, se realizaban misiones que constituían eventos importantes para el pueblo. Acudían novicios y monjas de Argentina, de Brasil y de otros lugares. Preparaban celebraciones, bautismos, daban catequesis y organizaban procesiones al Cerro de la Virgen.

Durante las misiones, la iglesia se llenaba de gente. Las Hermanas Misioneras recorrían las casas de todas las familias, a pie o a caballo, incluyendo las más alejadas. Las mismas misiones se realizaban también en Laureles.

Omar Elespe trabajó, en torno a 2010, en Paso del Cerro, Cañas, Laureles, Lamberé, Bañado de Rocha y La Calzada, cuando aún no era sacerdote. Después lo mandaron a Vichadero, donde fue ordenado.

Los primeros evangélicos en el pueblo fueron una familia que, en los años 80, se reunían con el pastor Vega a leer el evangelio. Vega, de la Iglesia Cristo es la Respuesta, venía de Rivera; luego vivió en Paso del Cerro. Al principio, la gente miraba a los evangélicos “como si fueran un bicho de siete cabezas”, pero luego se fueron acostumbrando. Posteriormente, se instalaron varias iglesias evangélicas en Paso del Cerro y un templo de los Testigos de Jehová.

Bautismos en casa y presentaciones a la luna

En Paso del Cerro, igual que en otras localidades de la región, existían dos modalidades de bautismos: el de casa y el de la iglesia. El “bautismo de casa” se realizaba en el hogar familiar con la criatura recién nacida, el padre, la madre y, también, un padrino y una madrina escogidos para la ocasión. Se utilizaba una vela, una ramita de romero, ruda, o cualquier ramita verde y agua (si era bendita, mejor). Se decía a la criatura: “yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...”. A partir de este ritual el padrino y la madrina se volvían como “un segundo padre y una segunda madre”. Para los bautismos de casa y de iglesia se eligen a padrinos y madrinas que, la mayoría de las veces, no son los mismos.

Antes, a muchos bebés se les bautizaba con “agua de socorro”, sobre todo si nacían débiles o tenían riesgo de vida. Esta práctica, se comenzó a realizar de manera genérica, en muchas familias, dado que “el niño no debe estar mucho tiempo sin bautizarse, porque acá no vienen muy seguidos los de la iglesia”. Esta ceremonia, realizada durante sus primeros días de vida, “es como una protección”; se decía que se protegía al niño “para que el diablo no lo tentara”. En ocasiones, la familia “dormía con luz prendida toda la noche, mientras no lo bautizaba”.

Aunque la iglesia, actualmente, organiza el bautismo de los niños y niñas del pueblo una vez al año, algunas familias mantienen la costumbre de hacer el bautismo en la casa. Algunos sacerdotes no están de acuerdo con este tipo de prácticas, pero otros las defienden.

“Cuando nace un niño enfermo, cualquier uno puede bautizar. Y si hacen un bautismo en la casa es válido para el bautismo de la iglesia”.

“Cuando nace un niño y está internado, él (el sacerdote) dice que hasta con suero (se puede bautizar). Si decís las tres: «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», ya está. Él dice que pide siempre, que cualquier enfermera... el que llegue al niño, que lo haga. Y ese es el válido. Nada más que como no tenés un certificado, después lo bautizás en la iglesia”.

“A esta altura de la vida llego a creer que el bautismo por la casa es el único que debe hacerse y dejar que, después de grande, cada uno tome su decisión...”

“A nosotros nos criaron dentro de la iglesia católica. Entonces —de niños— dijera mi marido: «yo iba a la iglesia porque me daban caramelos», pero a nosotros nos criaron ahí, nos bautizaron, nos dieron la comunión y nos confirmaron. Pero yo siempre aprendí que el bautismo de la casa es el principal bautismo. Eso sí, yo nunca creí y tampoco no le tengo miedo: que dice que a los niños no se les saca de la casa hasta los siete días, y que el séptimo día de vida de ellos es el más peligroso para sacarlo de casa. Los míos no. Y llegaba a la casa, los bautizaba. Buscaba a los padrinos, los bautizaba y sacaba el día que quisiera y a la hora que quisiera.”

También era costumbre mostrar las criaturas recién nacidas a la luna, especialmente en fase de luna llena. Esta práctica, que algunas familias continúan realizando, era llevada a cabo por las abuelas, la madre, el padre, la partera o la curandera.

La presentación se hacía en la casa, dentro o fuera, dependiendo del clima. Se destapaba al niño o niña y se le mostraba a la luna, fundamentalmente su cara “para que la luna lo vea”. Se decía el nombre y una oración, en español o en carimbao. Un ejemplo de oración era el siguiente: “*Lua luar toma teu ar, me dame a criança que eu quero criar*” (luna claro de luna, toma tu aire y dame mi criatura que yo quiero criar). Estas palabras eran dichas “a lo bajito”, razón por la que muchas personas no saben exactamente lo que se decía.

Era recomendable presentar a los niños y niñas recién nacidos a la luna para que se criaran bien. Mientras esto no se hacía, la luna no debía “ver” a la criatura ni tampoco su ropa colgada. Si eso sucedía, le podía hacer mal, causándole dolores de panza, ataques de llanto o una enfermedad de los recién nacidos que llamaban el “mal de los siete días”. Hasta que la presentación no se hacía, era aconsejable recoger la ropa y los pañales tendidos antes de que saliera la luna, para que no agarraran su aire.

“Éramos nueve hermanos. Yo era la mayor y veía cuando mi madre iba a presentarlos para la luna (...) Veía a mi madre, pero después no tuve esa costumbre. Yo estaba cuidando a veces a mi hermanito, y decía: «Dame, que está la luna, que voy a presentar» De noche casi siempre nos acostábamos temprano. Era de día, que ella andaba por la cocina, y decía: «¡Ay! dame que está la luna, que la voy a mostrar para la luna». Cuando nació el nieto de ella en Tacuarembó, no sé qué problema... el nene lloraba mucho. Y ella dijo: «Decile que muestre pa' la luna, que diga estas palabras». Yo sé que ella enseñó ahí para el hijo. Ella es muy creyente de todas esas cosas.”

“Mi hermana menor tiene esa costumbre. Todos los bebés que nacen en la familia ella los presenta a la luna (...) Me acuerdo que, desde mi hija mayor que tiene 33 años, ella fue la que la presentó y todos los bebés, los nietos nuestros y bisnietos de mi madre, es ella (quien los presenta). Y todos los bebés que andan en la vuelta...”

“Llevó a la más chica para que la abuela Carmelita —yo le decía la abuela Carmelita— la venciera con brasa, porque lloraba día y noche, y no dormía la niña. Era bebé. Y ahí fue donde yo aprendí el significado que tenía la presentación de la luna. Porque la abuela la venció y le dijo: «Mija, esa niña está tomada por la Luna». «¿Cómo abuela Carmelita?, ¿Por qué es que la luna...? ¿Qué es eso?» Dice: «porque vos no presentaste esa niña pa' la luna, dejaste la ropa de la bebé de noche, que no se deja sin presentar a la luna, colgada afuera. La luna la conoció primero a la niña por medio de su ropa. Entonces la tomó». Y ahí en más, yo aprendí el significado de la presentación de la luna, porque yo no sabía qué significaba.”



Luna Llena (2025). Foto: L. Hernández.

Formas de curar y sanar (1910 a 1970)

Al menos hasta los años 70, la atención en salud en Paso del Cerro, era un problema a resolver de forma comunitaria. Ante la falta de profesionales, los propios vecinos y vecinas asumían las tareas de tomar la presión a la gente o dar inyecciones “de puros corajudos”. Algunas señoras también ejercían el rol de parteras cuando era necesario: “tenía que ayudar para no dejar morir a las criaturas”.

Los médicos que concurrían a Paso del Cerro son personas muy recordadas, por su dedicación y por las condiciones en que hacían el trabajo. Cuando no había médicos residentes en el pueblo —que era la mayor parte del tiempo— viajaban por cualquier medio de transporte para dar consultas, ya fuera en tren, en carro, a caballo, a pie, o incluso en una avioneta que les traía desde Tacuarembó, cuando se trataba de una urgencia.

Algunos vecinos de Paso del Cerro recuerdan problemas de salud y muertes —tanto de niños como de adultos— que se podrían haber evitado fácilmente con una mínima atención adecuada.

Los investigadores Pi Hugarte y Wettstein, mencionados en apartados anteriores, escribieron que, en 1955, las cuestiones en torno a la salud, muchas veces iban acompañadas de “desencantos y oscuridades”, refiriéndose a “policlínicas con cargos vacantes, sin recursos materiales, con sueldos míseros”, siendo este “el panorama de la asistencia médica campesina en el

“El Médico Rural: No puede hablarse de él —lamentablemente— en el caso de Cañas, pues no hay tal. A 37 kilómetros de distancia, en ese último foco de cultura efectiva que es la Estación de Ferrocarril de Paso del Cerro, puede ocurrir que una vez cada dos semanas se tenga la fortuna de encontrar un Médico capacitado para solucionar algún mal que tenga “la gentileza” de ser temporalmente coincidente a su llegada. Dos veces al mes.” (p. 65)

“De acuerdo a los datos dados a publicidad en el mes de mayo de 1955 por la Guía Médica Especializada, de un total de 2.500 Médicos actualmente en ejercicio, solo 800 estarían actuando en el Interior. Y de mantenerse la proporción que nosotros poseíamos para el año 1953, tendríamos, que casi un 55% de estos (440) actuarían en las capitales de Departamentos, lo que reduciría aún más la proporción de Médicos realmente rurales.” (p. 66)

Por lo que proponían en dicho año, como primer solución a las dificultades de salud de la zona: “UN MÉDICO ESTABLE EN PASO DEL CERRO, que salve la irregularidad monstruosa de la dependencia actual de una visita quinquenal” la cual llegaba a destiempo, como si “las enfermedades deban adaptarse al Médico”. Mientras que “el paso decisivo”, según ellos debía ser “el logro de una Policlínica en tal Estación, con el interés de comenzar a planificar una labor preventiva jamás efectuada en la zona”.

Pi Hugarte y Wettstein (1955)

país. De ahí que cobre más importancia —por su propia inexistencia— la figura del médico rural”. Sobre la situación en torno a la salud, en los casos de Cañas y Paso del Cerro en 1955, señalaron lo siguiente:

En este contexto, y muchas veces como primera opción de tratamiento, muchas mujeres y hombres conocían y usaban las propiedades curativas de los yuyos. También, algunas personas sabían “bencer”, curar el *mal de ojo*, los dolores musculares y otras enfermedades con prácticas transmitidas de generación en generación. Si bien se percibe que, en Paso del Cerro, quedan cada vez menos personas que mantengan estos saberes tradicionales, mucha gente sigue usando plantas, “benceduras” y “simpatías” para curar y enfrentar problemas de la vida cotidiana.

Doctores, doctoras, enfermeras y parteras



Zoilo Barreiro (1911).
Imagen aportada por C. Artigas.

En 1910 llegó a Paso del Cerro el estudiante de medicina Zoilo Barreiro. Lo habían enviado al pueblo —según se comenta— a causa de la epidemia de gripe española que hubo a principios del siglo XX. Posteriormente, se radicó, formó su familia y trabajó muchos años en su consultorio particular. Si bien nunca pudo recibirse, se lo consideró como el primer médico del pueblo y el único residente. Salía, incluso de noche, para atender emergencias, fabricaba él mismo los medicamentos y fiaba las consultas si no podían pagarle. También aceptaba

trueques como forma de pago: “una gallina, un pato, un chanco, cualquier cosa le daban”.

Barreiro atendía gente de Paso del Cerro, Cañas, Bañado de Rocha y alrededores. Estuvo a punto de marcharse porque, en alguna ocasión, se pretendió sustituirlo por un médico recibido. Los vecinos y vecinas le pidieron que se quedara, juntaron firmas para dar a conocer su apoyo y lo homenajearon para demostrarle su aprecio.

Se lo recuerda como un profesional que “sa-



Maletín de médico, posiblemente de Zoilo Barreiro (2023). Foto: M. Olivera

En una publicación que hizo, para defender su cargo en el pueblo, el mismo Barreiro contaba: “Por indicación del Dr. Máximo Armand-Ugón, atendiendo un pedido de los señores Andrés Bentos Mello y de Antenor de Mello, de esta localidad, el día 10 de junio de 1910, llegué a este lugar denominado Paso del Cerro. Mi propósito fué permanecer sólo dos o tres meses, tiempo suficiente para cumplir mi misión por la cual había venido. Pero habiendo mediado insistentes pedidos por parte de los vecinos más caracterizados, para que me radicara definitivamente, no tuve otro remedio que acceder. Hoy ya ha transcurrido 33 años consecutivos de vida entre este vecindario bueno y sincero que también soy testigo de dos generaciones.”

Aniceto Zoilo Barreiro (1943)

bía mucho”, al cual solo le faltaban “unas pocas materias” para conseguir el título, que era “querido y respetado”. Después de su fallecimiento, ya no hubo médicos permanentes en la zona, sino que comenzaron a venir diferentes doctores y doctoras que se trasladaban para brindar atención, tal como registraron los investigadores Pi Hugarte y Wettstein en 1955.

Se recuerda también al doctor Justino Menéndez, uno de los médicos que trabajó en Paso del Cerro en los años posteriores a Barreiro (entre las décadas de los 50 y los 60). Llegaba en el tren con su hijo “Justinito”. Mientras él atendía en una policlínica cercana a la plaza, Justinito y otros niños armaban juegos para pasar el tiempo.

Al doctor Juan José Alejandro le llamaban “el turco Alejandro”. Trabajó en Paso del Cerro desde los años 60. Llegaba al pueblo en tren o, en ocasiones, en una avioneta que pilotaba Julio Pazos. Pi Hugarte y Wettstein mencionan en su libro que, cuando había una emergencia, la única solución era intentar tener comunicación con Tacuarembó, mediante algún teléfono relativamente cercano. A partir de la llamada, se evaluaba la complejidad del caso para enviar el “avión-ambulancia” y así trasladar a la persona necesitada de asistencia médica.

“De la estación iban directo al doctor Alejandro, derecho, todo el mundo iba. Era el médico que trabajaba acá. Si teníamos plata se le pagaba y si no, igual no cobraba... Yo fui a consultar con él porque tenía una gurisa, que ahora tiene como 40 años. Ella era chiquita, tendría unos 4 años, yo tenía un frasquito con los remedios, le di para que jugara y la niña destapó el frasco y se tomó ¡no sé cuántas pastillas! Yo atendía el almacén, la carnicería, lavaba la ropa... cuando vi la gurisita estaba como boba. Lo consulté a él, lo llamé, me dijo que le diera mucha leche. Tanto insistí que me dijo que la llevara, una noche de tormenta lluvia, trueno, y el camino era feísimo, por Manuel Díaz. Llegó el juez y yo le pedí que me llevara a Tacuarembó, porque se me moría la gurisa. Se animó el juez, y salimos. Era una tormenta horrible para manejar, se corta la comunicación con la comisaría que era por donde hablábamos, pero él (el doctor) cuando pudo me llamó a la comisaría, que él venía a encontrarnos. Cuando llegamos a Manuel Díaz, él estaba allá. Nos llevó, pasó la gurisa para el auto de él y la llevó. Primero a la casa de él y después al hospital. Le dijo a mi marido: «de cien casos se salva uno». En el hospital le hicieron un lavado de estómago y se salvó”.

En los años 80, otros médicos que concurrieron a Paso del Cerro fueron la doctora América Rodríguez y el doctor Miguel Amarillo. En ese entonces, las consultas tenían lugar en el predio de la iglesia, en un espacio reservado para la policlínica del Ministerio de Salud Pública.

Entre las enfermeras de Paso del Cerro, se recuerda a Santa Pratto y a Susana Acuña, “hermanas por parte de madre”. Susana fue la cocinera de la escuela durante mucho tiempo y, si bien no era enfermera de profesión, con su hermana aprendió a dar inyectables, entonces “era lo que ella hacía, daba los inyectables intramusculares”.

“Y ella fue (la Dra. América Rodríguez), porque (el niño) hizo mucha fiebre, y vino mi cuñado (a la policlínica) en un carro tirado por caballos, y ella fué con él. (Ese día) era una helada, una helada... Y mi cuñado había venido emponchado. Y ella se emponchó con el poncho de mi cuñado. Fue emponchada. Y llegó allá (a la casa del niño) y dice: «toy dura de frío, dame un café primero». Y nunca había habido, porque no era changa la cosa en casa. Y yo de casualidad tenía un poco de café. No se tomaba café, era avena con leche... de esas cosas que no era changa.” También se recuerda entre risas que ese mismo día acompañó el café con chorizo seco: “lo que había era chorizo, ella vió y pidió”.

Las parteras del pueblo eran mujeres que tenían experiencia en recibir a los bebés durante el nacimiento. Otra forma de llamarlas era “matronas”. A pesar de la importancia de su labor, una de ellas comentó que no considera haber sido partera, sino que simplemente “ayudó en los partos”. Las parteras ayudaban en el parto, recibían al bebé, cortaban el cordón, ataban el ombligo con un cordoncito blanco de algodón, bañaban y vestían a la criatura.

Hablando sobre estos temas, las mujeres recuerdan que al pueblo “no venía médico. De vez en cuando, cuando se veía la cosa fea, lo llamaban”. Por otro lado, no eran comunes las consultas médicas durante el embarazo o tener asistencia del personal de la salud durante el parto. Los embarazos y nacimientos se consideraban procesos naturales de la vida de las mujeres, por lo que era normal que “una vecina ayudara a la otra”.

“Eran guapos los de antes, ¿no? Y yo digo, que ¡qué valor! Porque nuestra madre ser asistida por una señora de campaña también, ¿no?”

Toda la vida los tuve acá, a mis hijos. No sabía lo que era médico para ir a tener hijos, los análisis esos cuando están embarazadas... nada, nada... Una señora, una viejita que vivía ahí, del otro lado, cortaba el cordón y bañaba al niño. María Martínez se llamaba ella.”

“Ayudé a una vecina acá, vivía ahí del otro lado, ayudé sí porque me llamaban y no había partera aquí. Y a la que corrían primero era por mí, acá... Bueno, sí tenía práctica, porque tenía que ayudar para no dejar morir a las criaturas. Ayudé de un varón y después de una mujercita que vive ahí en Paso del Cerro. Esa nació casi muerta, vamo a decir, costó a venir sí, tenía problemas para respirar.”

“Mi primer parto fue por allá cerca del túnel (ferroviario), en la camioneta de la policía. Otra llegó a casa, pidió para ir al baño, y venía naciendo el niño. La llevé a mi cama ... después que nació el niño fuimos en la camioneta (de un vecino) para Tacuarembó... ¡Me dejó el colchón y las sábanas para lavar!”

Algunos datos interesantes

- **Sobre el ombligo del bebé:** “se guardaba. Se ponía en una bolsita y se guardaba en la mesa de luz. No se tiraba. Se guardaba toda la vida, se quedaba en polvo aquello”. Otros los enterraban o los usaban para simpatías (por ejemplo, para curar la hernia de ombligo).
- **Sobre la placenta:** generalmente, “las parteras enterraban la placenta en el patio de la casa, para que no estuviera arriba de la tierra, (para evitar) que los bichos (la) comieran.”
- **Sobre el registro de los infantes:** según se recuerda, hasta los años 40, el juzgado se encontraba en Bañado de Rocha. Luego pasó a Paso del Cerro. Varias familias de los alrededores figuran en el registro civil como si tuvieran trillizos, hecho que no es exacto. Al haber pocas facilidades de traslado, los padres esperaban a tener más de una criatura para inscribirlos de una sola vez. Todos quedaban inscritos con la misma edad. “Por eso hay muchos que les preguntás la edad y te dicen: «según la cédula tanto».”

Algunas parteras del pueblo fueron Valdivia García (en los años 40) y, más adelante, (entre los años 50 y 70) María Isabel Núñez y María Sosa de Píriz (a quién apodaron “María Grande”). Otras vecinas, que desarrollaron esta función, fueron doña Furtada y doña Elia Lima.

Personas que sanan, bencen y hacen simpatías

Muchas personas de Paso del Cerro mantenían o mantienen, saberes ancestrales o tradicionales para mitigar los síntomas o para curar enfermedades y dolencias. También eran populares algunas prácticas, “simpatías” y precauciones para enfrentar situaciones perjudiciales de la vida cotidiana.

Las **simpatías** se diferencian de las **benceduras**. “las simpatías te las hacés vos mismo” o a otros; cualquiera la enseña y se pueden replicar. Para hacer benceduras, se requiere tener ciertos conocimientos y habilidades que, muchas veces, son secretos: “lo que habla la bencedora, por lo general, nunca lo sabés”. A los hombres y mujeres que tenían saberes o dones especiales para realizar estas prácticas se les llamaba **curanderos/as** o “**bencedores/as**”. A continuación se registran algunas *benceduras* y *simpatías* que aún son utilizadas o persisten en la memoria del pueblo.

“**Coser rendiduras**”: algunas personas —a veces *curanderas* o *bencedoras*— sabían *coser*. Era una práctica que se hacía cuando había *rendiduras*; es decir: desgarros musculares, torceduras, problemas en las articulaciones, esguinces o dolencias similares. Para hacerla, la persona afectada tenía que llevar a la bencedora un retazo de tela negra, hilo y aguja —con la condición de que las tres cosas fueran nuevas—. Una vez dispuestos los materiales, quien practicaba la costura doblaba la tela “bien dobladita” y la comenzaba a coser. Mientras cosía decía algunas palabras y preguntaba en portuñol tres veces: “¿O que eu coso?” (“Qué

Algunos datos interesantes

- Estas creencias o saberes, muchas veces, integran elementos católicos: “mi abuela muchas veces lo que hacía, cuando hacía benceduras, era que siempre hablaba en el nombre de Jesús” y en otros casos “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.
- Las oraciones a veces se dicen en español y otras en portuñol o carimbao.

es lo que coso?”) a lo que se respondía: “*carne rasgada, nervo torcido, osso quebrado*” (“carne rasgada, nervio torcido, hueso quebrado”).

Otra forma de curar *rendiduras*, por ejemplo de muñeca, era haciendo una simpatía con un cuchillo. Con este se dibujaba el contorno de la mano o de la zona afectada en un cupín: “le hacían el molde en un cupín y daban vuelta. Cuando los bichitos cerraban el cupín, era que sanaba la mano.” Era una práctica que se hacía especialmente los días viernes y en un lugar “donde no vuelvas a pasar”.

Curar “el aire”: se le llama o llamaba “aire”, al dolor causado por contracturas, problemas musculares o tortícolis. Para evitarlo, antes se aconsejaba: “no te pongas en la corriente para no agarrar un golpe de aire”. Pero, en caso de contraer esa molestia, para aliviarla se hacía una *bencedura*. El procedimiento consistía en agarrar “carboncitos vivos o brasitas con una tijera y se hacían señas en forma de cruz. Se decía: “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” y se tiraban en una jarra o vaso con agua. Luego se dejaba la tijera en algún lugar y se esperaba hasta la tardecita. Llegado ese momento, si el carbón “iba para abajo mejoraba enseguida, y si iba para arriba no”. A su vez, esa agua con carbón “había que tirarla antes que el sol se pusiera”.

“Bencer” dolores o problemas de salud: se realizaba una *bencedura* mojando en agua una ramita y diciendo una oración o pensando en ella. Luego, la ramita era enterrada. Algo similar se hacía para curar el “*agre*” una especie de cascarita que le salían a algunos bebés, según se creía por *el agua* del parto.

Para curar el dolor de muela: en el caso de los hombres se afeitaban el Viernes Santo y ningún otro viernes del año.

Para las hemorroides: se podían hacer las necesidades y lavarse en el arroyo, o hacer un cinto con la rama de un árbol, atarlo a la cintura y usarlo hasta que se secara.

Para tratar la culebrilla y cualquier tipo de cobrero: para la culebrilla, *cobrero, cobrero de mulita, cobrero de ternero* (causado por la

baba del ternero), se utilizaba una especie de pomada obtenida a partir de la mezcla del unto de chanco y tizne del fondo de la olla. Se ponía la pomada sobre la zona afectada, al mismo tiempo que se *bencía* con ruda o romero.

Eliminar sarpullidos o picaduras de insectos: cuando alguien tenía sarpullido o molestia —por mordedura de arañas, picaduras de insectos, *cobrero de sapo*, *cobrero de babosa*, o cualquier otro— se decían unas palabras y se *bencía* con cualquier ramita verde que no fuera venenosa; luego se las colocaba en la corriente del agua o en “cualquier zanjita que corriera”.

Espantar el hipo: se decía “*hipo vai, hipo vem, hipo vai para quem não tem*” (“hipo va, hipo viene, hipo va para quién no lo tiene”). Una vez dicha esta frase se creía que el hipo pasaba a otra persona. Se espantaba el hipo, principalmente a bebés, “pasándolo” a un adulto, para evitarle a las criaturas las molestias y el dolor. Otra simpatía para el hipo era pegarles, con saliva, una felpita o lanita roja en la frente.

Para el desarrollo del habla: para que las criaturas comenzaran a hablar se les daba agua en un dedal o cáscara de huevo, o “caldo del cucharón”. El segundo consistía en sacar un poquito de caldo de la comida, mientras se estaba cocinando, y darle al niño o a la niña.

Descanso de los bebés: para que los bebés durmieran bien y se adaptaran al sueño por las noches, se les “cambiaba el sueño”, dando vuelta su batita. Otra forma de hacerlos dormir tranquilos era colocando unos *gajitos* de ruda debajo de la almohada, ya que “tiene sedante”.

De una abuela a su nieta: “te voy a dar todo copiado porque con el tiempo te va a hacer falta.”

Una vecina cuenta que su abuela le enseñó lo que sabe sobre *benceduras*, le dejó todo anotado, así cuando tuviera hijos le serviría. Con los años ella “miraba aquella hoja y sabía”.

Para protegerse de las tormentas: muchas personas tenían miedo a las tormentas y a los efectos negativos del granizo, el viento o los rayos. Por ese motivo, cuando había tormenta, se tomaban precauciones. Se tapaban los espejos, no se tomaba mate ni se usaban cucharas convencionales, para no “atraer la electricidad”. Para alejarla, espantarla o mitigar su fuerza se hacían *simpatías* para “cortar la tormenta”, para lo cual existían muchas variantes. En Paso del Cerro, una de ellas consistía en hacer una cruz de sal o de yerba arriba de la mesa o en el suelo; también se podía utilizar un hacha o cuchillo que luego se clavaba en un tronco; o hacer señales en forma de cruz con las manos. Cualquiera de las opciones iba acompañada de una frase, en carimbao, que se repetía tres veces: “*Que venha yuva e se vaya u vento, que venha yuva e se vaya u vento. En el nombre de Deus, e a Verge María. Amen*” (“que venga la lluvia y se vaya el viento, que venga la lluvia y se vaya el viento. En el nombre de Dios, y de la Virgen María. Amén”).

Específicamente, para impedir el granizo, se acostumbraba colocar un plato hondo o una palangana esmaltada dados vuelta en el centro de la mesa. Otra *simpatía* “para la tormenta de piedra era dar vuelta una piedra de afilar. Si venía tormenta, y empezaban a caer las primeras piedras, se daba vuelta la piedra de afilar derecho a la tormenta y se cortaba”.

Protegerse del “mal de ojo” y curarse de él: también se dice “*mal olhado*”, “ojeado”, o “quebrante”. Generalmente lo sufrían o sufren los niños o niñas pequeños o bebés. Se dice que algunas miradas trans-

“Yo no soy de esas cosas, pero me decían: «mirá que esa gurisa está ojeada». Porque lloraba y lloraba... Entonces llegó un momento que le pedí a mi madre que me dijera cómo se bencía para el mal de ojo. Entonces tuve que empezar yo, ahí, a bencer. Y la cuestión es que sí, se alivió.”

miten malas energías a la criatura, lo que provoca que comiencen sentirse mal, molestas y a llorar de forma excesiva. Otra de las razones del “quebranto” puede ser que los infantes sean mirados por muchas personas y durante mucho tiempo.

Para proteger a las personas y al hogar, se plantaba en la entrada o en la puerta de la casa espada de San Jorge o ruda, ya que “atajan la envidia” y la maldad. Si es ruda macho mejor, ya que “es más fuerte”.

Algunas reflexiones

“En el tema de los partos, que usaban antes —para despegar la placenta, disminuir el sangrado y todo— los masajes. Pero dice que usaban el sombrero del padre. Y tiene algo científico, porque con la mano te hacés los masajes y contrae el útero, disminuye el sangrado. Es normal que te hagan... pero usaban el sombrero del padre.”

“Algunas cosas sí, son, porque les ves el lado científico. Y todo eso son cosas científicas, porque el ser humano es hecho de tierra, de todo... es natural, está en el ser humano. Si lo mirás por el lado de la naturaleza, es así.”

Saberes de plantas o yuyos medicinales

Hasta el día de hoy existen en Paso del Cerro personas con conocimientos sobre yuyos o plantas con propiedades curativas y su utilización. A su vez, se recuerdan algunas técnicas antiguas, algunas de las cuales siguen siendo utilizadas, para tratar enfermedades.

Tratar la gripe y tos: para la gripe se tomaba té de cedrón de monte, salvia con azúcar quemada, cambará u hoja de naranjo; mientras que para calmar la tos se hacía la hoja del “*míspero*” en infusión o colocándolo en el agua del mate.

Ante cuadros gripales se ponían paños de agua fría en la cabeza para calmar el dolor. Para mitigar otros síntomas y el malestar general se ponían los pies en agua caliente el tiempo máximo que se pudiera. Esta práctica, llamada “escalda pie” o “baños de pie”, consistía en poner agua a temperatura muy elevada, en una palangana y hacer masajes en los pies y piernas “de arriba para abajo”.

A los niños les daban un té “bien fuerte” hecho con azúcar quemada en grasa y las hierbas ya mencionadas, acompañadas con un remedio de la época: el sulfatiazol. También, se les daban baños de agua muy caliente para que transpiraran, luego los tapaban bien y no los dejaban moverse. Se decía que, con la técnica de hacer transpirar, se expulsaban los virus mediante el sudor, y los enfermos se podían curar de un día para el otro.

Estómago y sistema digestivo: para una buena digestión o para curar problemas estomacales se tomaba té de “*manrubio*”, de palma imperial o de arrayán (también se podían poner en el agua del mate).

Ante cuadros de diarrea, se consumía cáscara de la granada en té; para el *empacho* se preparaba té de yerba de pollo o lucera; y para las hemorroides, baños de asiento de ceibo.

Además de la infusión, ante la duda de *empacho* se frotaba la espalda —a veces con ceniza—, si durante



Secado tradicional de plantas medicinales (2025).
Foto: M. Minteguiaga.

“Osvaldo Berger, de origen alemán, sobreviviente del Graf Spee. Salió caminando por los caminos, Ruta 5, Bañado de Rocha y Lambaré. Llegó a un comercio de Cañas donde había un muchacho baleado, ya desangrado, él pidió para verlo (...) Le extrajo la bala con carbón de pinotea. Después encontró una muchacha llamada Antonia, con una enfermedad rara. Ella le dijo: si me curás, me caso contigo. Y así fué, se casó, tuvieron tres hijos...”

el masaje se sentía un pequeño estallido, procedían a “tirar el cuero”. Esta práctica consistía en pellizcar la piel con ciertas técnicas.

Una precaución que se debía tener con algunos niños, era darles “leche de una sola vaca”, ya que la mezcla de leche podía causar problemas estomacales e intolerancia. Una vecina contó que había ayudado a mejorar los problemas estomacales de un niño dándole leche ordeñada de la misma vaca.

Curar heridas: se utilizaba la palma imperial y el arnique, hirviendo las hojas y haciendo lavados con esta. Para calmar el dolor se utilizaba la hoja de naranjo (sobre la herida o como infusión).

Calmar nervios: una de las infusiones utilizadas para calmar los nervios era la de romero o la de cedrón.

Para los riñones: se usaban infusiones, en este caso también, de “manrubio” y cola de caballo.

Sanar vistas: para algunos problemas en la vista, o conservarlas sanas, se hacían lavados con una copita y “agua de yuyo”. Se hervía Santa Lucía o margarita de campo que, una vez fría, ya se podía utilizar.

En relación con estos saberes, se recuerda a Osvaldo Berger, quien practicaba medicina alternativa y homeopática. Se decía que era un alemán que había llegado a Paso del Cerro entre los años 40 y 50. Popularmente se decía que era sobreviviente del *Graf Spee* y que luego de ayudar a algunos vecinos del lugar, se quedó viviendo en Paso del Cerro.

“Yo me acuerdo. Sí, era chiquita, pero me acuerdo, porque él (Berger) fue a hacer un tratamiento de vesícula a mi papá. ¡Ay!, un tratamiento tan riguroso parece que era, pero expulsó los cálculos. Preparaba medicamentos, no sé con qué sería eso, pero muy fuerte, ¿no? Y todo en ayunas. ¡Ay!, yo me acuerdo que pasaba mal con eso, con ese tratamiento. Pero se curó. Se curó, sí. ¡Eché toditos los cálculos!”

El camino de Paso del Cerro: del pasado hacia el futuro

En 2020, comenzamos a reunirnos con la idea de “hacer algo” para promover el desarrollo de Paso del Cerro. Decidimos comenzar por la recuperación de la memoria y los saberes del pueblo. Mirando hacia atrás nos damos cuenta de que han sucedido muchas cosas —algunas buenas y otras no tan buenas— a lo largo del camino recorrido. Como dice una integrante del grupo: “Al leer el libro nadie va a pensar que pasamos todo eso”. Poco después de comenzar este proyecto, la pandemia nos obligó al distanciamiento. Fueron tiempos duros, llenos de incertidumbre y temores. Aprendimos a encontrarnos de forma virtual, a mantener vivo el diálogo a través de las redes sociales, hasta que pudimos volver a vernos. Otro desafío inesperado fue la pérdida de la sede de A Puro Coraje, que provocó un momento de desánimo en el grupo, hasta que se logró conseguir el nuevo local. La falta de recursos, para concretar productos visibles del trabajo realizado, también fue un obstáculo a superar.

En los momentos difíciles, el trabajo colectivo de recuperación de la memoria y los saberes fue una manera de mantener los sueños vivos y de fortalecer el vínculo entre el grupo local y el equipo de docentes de la universidad. A diferencia de otros proyectos que “vienen por un año y se van” esta relación lleva ya cinco años de historia tejiendo amistades,

confianza y complicidad en las muchas horas compartidas. Crecimos tanto a nivel personal como colectivo, integrando nuevos aprendizajes y habilidades. Las docentes aprendimos a escuchar los saberes de la gente y a enseñar en las aulas situaciones reales del territorio. En el grupo local nos apropiamos de la propuesta, aprendimos a investigar y a presentar nuestro trabajo en diferentes ámbitos.

La concreción de este libro se apoya en muchas horas de búsquedas de información y de charlas con vecinos, vecinas y entre nosotros. Las preguntas y las respuestas iban y venían para darle forma al relato. Algunas personas “veteranas” llevábamos muchos años soñando con escribir esta historia, para dejarla a las generaciones jóvenes y a las que vendrán en el futuro. Otras personas del grupo tomamos la propuesta como una oportunidad de promoción cultural, social y de desarrollo del pueblo. Gracias a este proceso, valoramos aún más el patrimonio y la identidad local. Somos conscientes de que hemos perdido bienes que pertenecían a la comunidad y que ya no podremos recuperar, pero también aprendimos a estar atentos y atentas para evitar que intereses económicos o malas gestiones provoquen nuevas pérdidas irreparables.

Hoy queremos compartir estos aprendizajes, especialmente, con los vecinos y vecinas de Paso del Cerro y zonas cercanas, porque esta memoria también les pertenece. Además, deseamos que quienes viven en Tacuarembó, Rivera y en toda la región encuentren en estas páginas historias en las que puedan reconocerse. Por supuesto, anhelamos que nuestro trabajo llegue a la universidad, instituciones, organizaciones sociales y a todas las personas interesadas en conocer la vida de los pequeños pueblos del Uruguay. Finalmente, invitamos a todos y todas a conocernos a través de este libro y, si pueden, a visitar Paso del Cerro. Estamos trabajando para ofrecer propuestas de ocio y cultura que sean sostenibles y respetuosas con nuestra identidad y comunidad.

Cuando empezamos este trabajo y, hasta hace poco tiempo, el camino desde la ruta 5 hasta Paso del Cerro era de tierra, con muchos po-

zos y piedras que dificultaban la movilidad. Más de alguna lluvia fuerte provocaban que el barro y los desbordes de las corrientes de agua cortaran los pasos para llegar o salir de la comunidad. El antiguo camino de tierra ya es ahora una carretera por la que se puede transitar de forma bastante cómoda. Esperamos que ese camino nos facilite la promoción de diálogos con otras realidades diferentes o parecidas a la nuestra; que sea de ida y vuelta para los y las jóvenes; que nos permita atender mejor las necesidades de salud, trabajo y educación de la gente ¡Las puertas están abiertas, y la historia continúa!





Diciembre, 2025. Depósito Legal Nº. 389.013 / 25
www.tradinco.com.uy

Este libro invita a recorrer el pasado y el presente de Paso del Cerro, una comunidad rural del norte uruguayo. Como si fuera una colcha de retazos, esta memoria colectiva —confeccionada con fragmentos de relatos, documentos y fotografías— recupera y pone en valor saberes y modos de vida a menudo invisibilizados en los imaginarios identitarios del país.

Desde la mirada de sus habitantes, el recorrido nos acerca a la historia oral de un territorio marcado por los cambios productivos y el desafío del despoblamiento. El trabajo es fruto de una investigación crítica y participativa liderada por mujeres rurales, vecinos y docentes universitarias. En sus páginas se rescatan formas de organización familiar, el uso del portugués, la importancia social del tren, la convivencia vecinal, los oficios perdidos, la gastronomía local, las maneras de curar, las prácticas religiosas y las celebraciones populares.

La propuesta surge del sueño compartido por rescatar las memorias de las personas mayores y fortalecer la identidad local. Reconoce la urgencia de escuchar a quienes iluminaban la noche con curuyas, celebraban serenatas, ayudaban a parir a la vecina y compartían las tareas en el campo. Se espera que estos aprendizajes contribuyan a una comprensión más profunda de la diversidad cultural del Uruguay.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Prorectorado de Extensión
y Programas Integrales



CENUR
NORESTE



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

ISBN: 978-9974-0-2342-0



9 789974 023420